Joaquín Téllez de Sotomayor

EL OFICIAL DE GUARDIA

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.
1922



EL OFICIAL DE GUARDIA

El oficial de guardia

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Joaquín Téllez de Sotomayor

Estrenado en el TEATRO LARA
de Madrid
el 15 de Enero de 1922.



MADRID
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1922

A Aurelio Matilla,

mi compañero fraternal

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PLACIDA...	Leocadia Alba.
CARMEN...	Carmen Jiménez.
ISABEL...	Luisa Rodrigo.
MERY...	Raquel Martínez.
TERESA...	Matilde Armisén.
BENITA...	Carmen Cuevas.
TIBERIO...	Ricardo Simó-Raso.
AMADEO (Teniente)...	José Balaguer.
CORONEL...	Francisco Rodrigo.
ARGÜELLES (Teniente)...	Pedro López Lagar.
CABO DE GUARDIA...	Enrique Amyach.

La acción en Madrid. Epoca actual

Acto primero

Jardín de un hotelito que se supone que está colocado al final del barrio de Argüelles, en Madrid.

A la izquierda, la casa-habitación de los señores de Romero. En el fondo, y entre los árboles y macizos de plantas, una verja. En la escena, sillas de mimbre y un par de veladores de hierro. Son las diez de la mañana de un hermoso día de Octubre. Derecha e izquierda, las del actor.

(Por la izquierda sale PLACIDA, señorita que pasó de los cuarenta sin haber encontrado su media naranja; es una andaluza que no exagera el deje de su patria chica, y que en medio de sus candideces revela que posee un alma incapaz de nada malo. Aparece buscando a sus sobrinos, los habitantes del hotel. Viste un traje de mañana, el mismo con el que luego saldrá a la calle.)

Plácida Pero señor... ¿dónde se habrán metido esos chicos? *(Llamando a la doncella.)* Benita... Benita...

(BENITA, que sale por la derecha, es una criadita vestida de uniforme, algo redicha, pero muy servicial y educadita.)

Benita Mándeme la señora.

Plácida ¿Ha visto usted a la señorita?

Benita No, señora.

Plácida ¿Y al señorito?

Benita ¡Por Dios! No habiendo visto a la señorita no puedo haber visto al señorito.

Plácida ¡Es verdad! Como llevan tres meses de matrimonio, están más pesados que las moscas; bueno, pues sírveme el desayuno.

Benita ¿Dónde lo quiere tomar la señora?

Plácida Aquí en el jardín; esta mañana de otoño es imponderable.

Benita En seguida, señora. *(Vase Benita por la izquierda.)*

Plácida *(Pasea un momento por el jardín; de pronto se fija en una flor que hay en el césped de un macizo.)* Sí, es una margarita... es la primera que veo en este jardín, y yo, que soy supersticiosa, eminentemente supersticiosa... *(Coge la flor y la arranca los pétalos uno a uno, convirtiendo la margarita en un oráculo.)* ¡Ay, Dios mío, qué me saldrá!... Poco... mucho... tiernamente... con pasión... con locura... nada... poco... mucho...

(A la izquierda, en la puerta del hotel, aparece AMADEO, muchacho de 23 años, marido de la sobrina de Plácida; es una criatura simpatiquísima; viste de americana; sale sin llevar nada a la cabeza.)

Amadeo Mucho... *(Plácida se vuelve a mirar al recién llegado.)* mucho era, querida tía, que no estuviera usted cabalisteando.

Plácida Hola, sobrino; espera un instante. *(Sigue su labor sin preocuparse para nada de él.)* Tiernamente... con pasión... con locura... nada... poco... mucho... tiernamente... *(Arrancando el último pétalo, diciendo después con entusiasmo.)* con pasión... ¡con pasión!

Amadeo ¡Tía, por Dios!

(Por la izquierda, y siguiendo los pasos a Amadeo, sale ISABEL, esposa de éste, muchacha guapísima, que no hace mucho ha debido cumplir los 20, y que viste en traje de casa con refinado gusto.)

Isabel Hola, tía.

Plácida Hola, sobrina de mi alma. *(Dirigiéndose a Amadeo.)* ¡Ay, Jesús! Y qué alhaja te has llevado, grandísimo bribón; y todo por nada, por decir que sí, como un borrego, delante del cura.

Amadeo Bueno, tía; lo que usted quiera, menos eso de como un borrego; yo he dicho que sí como un hombre enamorado, locamente enamorado de esta mujercita, a quien quiero con locura. *(Al terminar la frase, Amadeo intenta dar un abrazo a Isabel, cosa que impide Plácida.)*

Plácida Bueno, basta; ten en cuenta que no quiero haber llegado a Madrid y que me pongáis en trance de ir a un dentista a que me achique los dientes.

Isabel No, tía; si tú sabes que Amadeo es muy formal; ahora que en la intimidad, y en este momento estamos en ella, no creo que sea una inconveniencia que mi marido me dé un abrazo...

Amadeo *(Aprovechando la coyuntura abraza a Isabel.)* ¡Claro que no!

Isabel Y hasta que me bese. *(Ni corto ni perezoso, besa a su mujer en la cara.)*

Amadeo ¡Naturalmente que sí!

Plácida *(Protestando otra vez.)* Bueno, u os estáis quietos o yo me elimino... ¡caramba! Que una no es de cemento armado y tiene el corazón en su sitio.

Amadeo Ya, y oye, Isabel: al entrar aquí he encontrado a la tía deshojando una margarita al tiempo que preguntaba si su él... ¡su él!, la quiere.

Plácida ¿Y qué? Y me quiere, la margarita me lo ha dicho: con pasión... ¿Qué pasa? ¿Os creéis que para vosotros solo se ha creado el amor? *(Por la izquierda sale BENITA, llevando el servicio del desayuno de Plácida: café con leche y pan, dejándolo en el velador de la izquierda.)*

Benita Señora: el desayuno.

Amadeo Hombre, ¡buena idea! Benita: a nosotros sírvanoslo aquí también. ¿No, Isabel?

Isabel Yo, con tal de tomarlo donde tú estés...

Amadeo Eres una cosa encantadora.

Isabel Y que te dice que te quiere con pasión, sin necesidad de que se lo preguntes a ninguna margarita. *(El matrimonio vuelve a sus transportes amorosos, mientras Benita lo contempla embobada y Plácida está llevada a los demonios.)*

Amadeo ¡Isabel de mi alma!

Isabel ¡Amadeo mío!

Plácida Benita, niños, Benita.

Benita *(Que sale de su éxtasis.)* Señora.

Plácida ¡Vamos! ¡Ande! Vaya por los desayunos.

Benita En seguida. *(Vase por la izquierda, no sin decir para su capote.)* Se emboba una mirándolos... ¡Ay, mi Teodoro!

(Plácida se sienta ante el velador de la izquierda, y el matrimonio ante el de la derecha.)

Plácida Pero vamos, es que estáis insoportables. ¡Hay que ver!, hasta delante de la servidumbre... pues ¿y el viajecito que me habéis dado?

Amadeo Bueno; el que tuvo el gran golpe fué el viajante catalán que venía enfrente de usted.

Plácida Yo no le veo la gracia.

Isabel ¿Qué pasó?

Amadeo Tú no te enteraste, venías dormida: que subió en Alcázar de San Juan, y porque a poco de echar a andar el tren te arropé, y te di un beso al arroparte, tu tía me llamó la atención diciéndome: ¡Por Dios, Amadeo!, que no estamos solos.

Plácida Y entonces el catalán me dijo: Ascolti, ¿son casats? Y yo le repuse: Y recientes, como que están en plena luna de miel; ya ve usted, es el viaje de novios. Y replicó el paisano de Cambó: Pues en Cataluña los novios se dejan en casa las suegras.

Isabel *(Riendo con toda su gana.)* ¡Tiene gracia!

Plácida *(Un poco molesta por la risa de Isabel.)* Yo no la veo por ninguna parte...

Isabel *(Que sigue riendo a todo reir.)* Pero mucha gracia.

Plácida Vamos, niña, no seas inconveniente.

Isabel ¡Ay, tiíta!, no se enfade, si usted sabe que la quiero con locura; ya ve usted, hemos terminado nuestra excursión del viaje de boda en Andalucía sólo por visitarla a usted. *(Abrazando, mimosa, a Plácida.)* Ya sabe usted que su sobrina la quiere muy de veras... vaya... está mal que tenga usted pelusa de que me quiera mi marido; si ha ido usted ganando en mi boda: antes tenía una sobrina que la adoraba, y ahora tiene usted además un sobrino que la quiere de veras.

Benita *(Que sale por la izquierda con el servicio de desayuno para los tórtolos, en el cual sólo habrá una taza.)* Los desayunos para los señoritos. *(Lo deja encima del velador.)*

Plácida ¿Cómo los desayunos?

Benita Sí, señora; el café con leche para los señoritos.

Plácida Pero si sólo hay una taza.

Isabel Es que yo... tomaré lo que él me deje en la suya.

Plácida ¿Cómo? Benita: traiga usted otra taza para la señorita.

Benita Está bien, señora. *(Benita se va por la izquierda.)*

Plácida ¡Vamos! ¡Tomar el café dos en una sola taza! ¡Estáis inaguantables!

Isabel *(Sin preocuparse poco ni mucho de las protestas de Plácida se dispone a servir el café a Amadeo.)* Te voy a servir.

Amadeo Tú me sirves siempre.

Isabel *(Sirviendo lo que le dice.)* Leche... café... y dos terrones *(Coge las tenacillas del azúcar, quitándoselas de las manos Amadeo.)*

Amadeo Echamelos con tus deditos... así me sabrá el café más dulce.

Plácida Bueno; si seguís así me vuelvo a mi tierra... Sírveselo como se debe entre personas: con las tenacillas.

Benita *(Saliendo por la izquierda, con la otra taza, dice digiéndose a Plácida.)* La otra taza.

Plácida Está bien. *(Benita se va por la izquierda.)*

Amadeo Bueno, tía, y ahora vamos a cuentas.

Plácida ¿A cuentas de qué?

Amadeo Cuando yo entré en el jardín, estaba usted preguntando a la suerte, por medio de los pétalos de una margarita, si era usted amada. ¿Se puede saber quién es él?

Plácida *(Suspirando por el recuerdo del amado.)* ¡Ay!

Isabel ¡Tía!

Plácida ¿He suspirado, verdad? ¡Pues ha sido por él!

Isabel ¿Por él?

Amadeo Luego hay un él, a ver: cuéntenos, cuéntenos...

Plácida *(Se levanta y va a sentarse ante el velador de la derecha, donde los tórtolos toman el desayuno.)* Al salir del pueblo donde me habéis ido a buscar, al abandonar mi rinconcito malagueño, me hice el firme propósito de callar; pero una es una, el corazón se sale por la boca, y es preciso buscar un confidente, y ¿quién mejor que vosotros, que vivís en régimen de amor desenfrenado? Sí,

Amadeo; sí, Isabel, hay un él... lo hay. *(Suspirando.)* ¡Ay!

Isabel Bueno, siga, que me tiene intrigadísima.

Amadeo Vamos, veamos qué es ello.

Plácida Ello es amor. Oidme: estamos en Octubre, ¿verdad? Mientras vosotros os casabais estaba yo en Alhama de Aragón curándome el reuma articular, que me impidió asistir a vuestra boda, como era mi deseo; y allí me encontré con el hombre soñado: franco, derrochando simpatía... de cierta edad, de posición, que me miró desde el primer día en una forma tal, que indicaba bien a las claras la simpatía avasalladora que desperté en su alma.

Isabel ¡Vaya, vaya!

Plácida Alguna vez me había de llegar la hora. Me declaró su amor, que acepté jubilosa; yo le conté cómo paso mi vida arrinconada en un pueblecillo de la provincia de Málaga; él prometió ir a verme este invierno, y ahora la margarita me acaba de decir que me quiere con pasión. Eso es todo.

Amadeo Y él, ¿qué es? ¿De qué vive?

Plácida El es un alto empleado de Hacienda; todas las mañanas íbamos a echar pan a los peces del lago, y allí, delante de los peces, hablábamos de nuestro amor; amor puro, amor casto...

Isabel Y él ¿es soltero?

Plácida Viudo.

Amadeo ¿Sin familia?

Plácida Veréis: cuando yo le dije que tal vez este invierno daría una vuelta por la corte, me contó que aquí tiene un hermano gemelo, con el que está peleado a muerte, añadiéndome que se le parece mucho.

Amadeo Pues entonces, nada, tía: que sea enhorabuena.

Plácida Por eso cuando llegasteis vosotros al pueblo, y éste me dijo: tía, ¿quiere usted pasar una temporadita con nosotros?, no vacilé en hacer la maleta y en acompañaros. No me lo agradezcáis, lo hago por él. *(Se pone en pie.)*

Isabel *(Riéndose, alborozada, por la declaración que ha hecho Plácida.)* ¡Vaya por Dios! ¡La tía enamorada! ¿Quién lo había de pensar?

Plácida ¡Caramba con la niña! ¿Y por qué no?

Amadeo ¡Claro! ¿Por qué no ha de ser? ¡Enhorabuena, tía! *(Abrazando a Plácida.)*

Plácida ¡Gracias, hijo, gracias!

Amadeo *(Poniéndose en pie.)* Y ahora ustedes, ¿qué van a hacer? ¿Quiere usted darse una vuelta por Madrid con Isabel? Porque yo estoy esperando al nuevo asistente... ¡que debe ser de abrigo!

Plácida ¿Por qué?

Amadeo Porque Isabel, que tiene celos de mi vida pasada, no quiere que tenga un asistente listo, y al licenciarse el que teníamos, me hizo que escribiera a mi capitán diciéndole que me enviase uno que fuera torpe... ¡para educarle! Esta no sabe lo que es un asistente torpe.

Isabel Sí, pero me figuro lo que es uno demasiado listo.

Amadeo Y en cuanto venga me vestiré de uniforme y me iré a presentar en Capitanía general y en mi cuartel.

(Por detrás de la verja pasa ARGÜELLES, compañero de regimiento de Amadeo. Pepe Luis Argüelles, que aparece vestido de militar (teniente), es otro muchacho tan simpático como Amadeo, y poco más o menos de la misma edad que éste.) (1)

Argüelles ¡Amadeo!

Amadeo ¡Muchacho! ¡Pepe Luis!... Pasa... pasa... *(Argüelles obedece, figura que pasa por la puerta del jardín y entra en escena por la derecha.)*

Argüelles Hola, encantadora pareja. *(Saludando a Plácida.)* Señora...

Amadeo *(Presentándola.)* Una tía de Isabel, que como salimos dentro de ocho días de escuelas prácticas, la acompañará para que no se quede sola: doña Plácida Rodríguez del Castillo.

Argüelles ¿Es usted esposa de alguno de los Castillos de Zamora?

Plácida No, señor; mi marido, por ahora, es un castillo que está en el aire.

Amadeo *(Al quite.)* Es soltera.

---

(1) En el estreno de este juguete, el actor que representó el papel de Argüelles vistió de uniforme; pero ello no es necesario, pudiendo, si las Empresas lo desean, vestir de paisano.

Argüelles ¡Ah!

Isabel *(A Pepe Luis.)* Y usted, ingratón, el íntimo de mi marido y no quiso asistir a nuestro enlace.

Argüelles ¡Cómo que no quise! Estuve de servicio, y en la Milicia el servicio es lo primero.

Isabel Su regalo ha gustado extraordinariamente; pero conste que lo echamos de menos en la comida de nuestra boda.

Amadeo Hoy comerá aquí, y en paz.

Isabel Y ayer tampoco fué usted a la estación.

Argüelles *(Con gran ingenuidad.)* ¿Ayer? Ayer estaba realmente de servicio.

Isabel ¿Cómo realmente?

Amadeo *(Al quite de la indiscreción de Argüelles.)* Tontunas que dice éste. *(A Isabel.)* Conque si vas a salir con la tía, aprovecha, porque yo me voy a ir al cuartel.

Isabel Bueno, tía; en ese caso, ¿quiere usted que la acompañe a casa de las de Morales? ¡Ah! Y que conste que la dejaré en el portal de la casa de Morales. Ande, ayúdeme a vestirme.

Amadeo *(Con intención a Isabel.)* ¿Me necesitas?

Plácida *(Rápidamente.)* ¡No, señor! Tú te quedas con tu amigo; me basto yo para ayudarla.

Amadeo *(Resignado.)* Bueno, tía.

Isabel *(Cariñosa, a Amadeo.)* Te vendré a decir adiós.

Plácida Hasta ahora.

Argüelles *(Saludando a Plácida.)* Señora...

Plácida Muy señor mío.

Argüelles *(A Isabel, que está en la puerta de la casa.)* Adiós, Isabel; ya sabe usted que la quiero de verdad, con permiso de Amadeo.

Isabel Muchas gracias; y yo, con idéntico permiso, le correspondo.

Plácida ¿Vamos?

Isabel Voy. *(Vanse tía y sobrina por la izquierda, entrando en la casa. BENITA aparece al tiempo que Amadeo está arrojando besos a su mujer, y uno de ellos a poco se lo da a Benita; ésta se dirige a Amadeo.)*

Benita ¿Puedo retirar el servicio de los desayunos?

Amadeo Sí, Benita; cuando usted quiera.

Benita *(Rápidamente ejecuta lo que dice, yéndose.)* Con permiso. *(Recoge todo y sin decir esta boca es mía se marcha por la izquierda, en-*

trando en la casa. Los dos amigos se quedan solos; es el momento de las confidencias.)

Argüelles Bueno, Amadeo. Chico, ¿qué tal? ¿Se puede uno casar?

Amadeo *(Sentencioso.)* Se debe uno casar.

Argüelles Cuenta; ayer no pude bajar a la estación, tuve que hacer el servicio de semana por Acuña, que está fuera; por la tarde tuvimos instrucción, por la noche estuve de retén; total, que hasta ahora no he podido coger una hora libre. Y aquí estoy (1).

Amadeo ¿Comerás con nosotros?

Argüelles ¡Hombre! ¡Figúrate! ¡Encantado!

Amadeo Y ahora cuéntame tú, porque desde el día antes de mi boda no te he vuelto a ver.

Argüelles Pues nada, que fuí a casa de la Pelusa, y felizmente no sabía que te casabas, no había leído los periódicos en los que se decía que te habían concedido la Real licencia; mientras tú, vestido de uniforme de gala, ibas a la iglesia, yo entraba en casa de la otra. Al pronto se asombró de verme, y yo a quemarropa la dije: ¿Quieres venir conmigo a la Cuesta de las Perdices? ¿A qué?, me interpeló la interesada. A comer tú, yo, una novia mía y Amadeo, la contesté; como tú llevabas unos días frío con ella, y ella te quiere a su modo, pero te quiere, se vistió en dos saltos, agarré un «auto» del Casino Militar, y nos pasamos la tarde esperándote a ti y a mi supuesta novia. Comimos, bebimos y nos volvimos a Madrid mohinos y cabizbajos. Como tu programa era irte en el correo de Galicia, que sale a las cinco y pico de la estación del Norte y nosotros regresamos después de las seis, estaba salvada la situación. Pero pocos días después de tu boda se enteró ella, confrontó los días e hicimos una película: juró vengarse de ti, y aquí tienes la famosa guardia de prevención que impidió que yo asistiera a tu boda.

---

(1) En el caso que el actor que haga el papel de Argüelles no vista de uniforme, en vez de la frase: «Total, que hasta ahora», dirá: «Total, que hasta ahora no he podido vestirme de paisano, coger una hora libre. Y aquí estoy.»

Amadeo Gracias, gracias, porque ese numerito me tenía verdaderamente preocupado; el día que te cases, me había dicho la Pelusa muchas veces, armo yo una en la iglesia que no se le olvida al cura aunque viva más que un loro viejo. Oye, y después, tú, ¿no has vuelto a verla?

Argüelles ¡Quita! ¡Ni ganas! No parezco por Maxim. Además, mi inglesita me tiene loco; estoy hecho ya casi un profesor de inglés. Y a propósito: ¿tú vas a seguir dando clase?

Amadeo Tú comprenderás que ahora no estoy para estudiar; déjate que pasen unos meses y ya veremos.

Argüelles Bueno... ¿y la otra? ¿Y Marina?

Amadeo ¡Pobre! Esa sí que me da pena; así como es lógico que a la Pelusa le haya hecho esa jugarreta, Marina me da pena. Allá estaba en su taller trabaja que trabaja, creyendo que yo me iba a casar con ella... La vida, que es de una crueldad que asusta.

Argüelles Y tú de una frescura que tira de espaldas: *(Ante un gesto de Amadeo.)* en relaciones formales con Isabel, en relaciones informales con Marina y en relaciones inadmisibles con la Pelusa. ¡Tres! Debieran denunciarte por acaparador.

Amadeo Tres; por cierto que me recuerdas que hace unos meses hice la tontería padre.

Argüelles ¿Cuál?

Amadeo La de los retratos. Me retraté, y a cada una de ellas envié mi efigie con idéntica dedicatoria: «A la que será siempre el amor de mi vida.—Tu Amadeo.»

Argüelles ¿Y por qué hiciste eso?

Amadeo Por miedo a mi carácter distraído; había ofrecido a las tres mi efigie, y figúrate que Isabel, por ejemplo, recibe un retrato mío que dice: A mi Pelusa de mi alma. Haciendo lo que hice quedé tranquilo, seguro de que aunque hubiera cambiado los sobres no había cuidado.

Argüelles Eres de alivio de luto.

Benita *(Entrando en el jardín por la izquierda, dirigiéndose a Amadeo.)* Señorito.

Amadeo ¿Qué quiere, Benita?

Benita Un soldado que pregunta por usted. Entró por la puerta interior.

Amadeo ¿Un soldado?
Benita Dice que lo envían para ser asistente.
Amadeo ¡Ah, sí! Dígale que venga para acá. *(Benita se vuelve a la casa a cumplimentar la orden de Amadeo.)* Verás, verás qué alhaja me mandará el capitán de mi compañía. Isabel se empeñó en que el que venga sea muy torpe; tiene miedo de que uno listo me ayudase en algún trapicheo, como si ahora... ¡Vamos, a los tres meses de casado me fuera yo a meter en líos!
Argüelles Es pronto todavía, ¿verdad?
Amadeo Naturalmente.
Argüelles Hijo mío: eres un ventilador.

(Por la izquierda y saliendo de la casa entra en el jardín TIBERIO, fiel trasunto de un soldado torpe y negado, por más que él alardea constantemente de su buena voluntad. Aparece vestido de primera puesta, llevando en las manos el gorro, con el que no sabe qué hacer. En su manera de hablar demuestra su tosca rudeza.)

Tiberio ¿Da usted su permiso?
Amadeo Pasa. *(Tiberio avanza hacia Amadeo.)*
Tiberio A la orden de usté, mi teniente.
Amadeo Bueno, ¿qué te trae por aquí?
Tiberio Pues que el suboficial me ha elegío pa que sea su asistente, y me ha dicho que le diga que no hay otro más negao que yo.
Amadeo Bien. ¿Cómo te llamas?, que no me acuerdo.
Tiberio Tiberio Ceporro Negada.
Amadeo ¿Cómo Ceporro?
Tiberio Sí, señor; mi padre es Ceporro y mi madre Negada.
Amadeo Pues sí que es una familia... ¿Tú quieres ser mi asistente?
Tiberio Sí, señor; mi voluntad es esa.
Amadeo Bueno, conformes. ¿Quieres comer en casa o en el cuartel?
Tiberio A mí me es igual comer aquí u comer allí; donde mejor se coma.
Amadeo Está bien; pues ya veremos cómo te portas.
Tiberio Yo creo que mu bien; a voluntad no me gana naide; ahora que uno sea torpe... pero a voluntad no me gana naide.
Amadeo ¿Sabrás limpiar las botas?
Tiberio Sí, señor.

Argüelles Vamos, ya sirve para algo.
Tiberio Buena voluntá na más.
Amadeo *(Llamando a la doncella.)* Benita... Benita...
Benita *(Saliendo de la casa.)* Mándeme, señorito.
Amadeo Delé a Tiberio betún, cepillos, etc..., y que me limpie las botas de uniforme. *(A Tiberio.)* Anda con la muchacha, después te llamaré para presentarte a la señorita.
Tiberio A la orden de ustés.
Benita *(Llevándose a Tiberio a la casa.)* Venga por aquí. *(Benita y Tiberio desaparecen por la izquierda.)*
Argüelles No parece tan torpe, tú.
Amadeo Veremos lo que da de sí.
(Por la izquierda, saliendo de la casa, aparecen ISABEL y PLACIDA; ésta no ha hecho otra cosa que ponerse un sombrero; aquélla viste traje monísimo, que realza su aspecto de figulina.)
Isabel Bueno, nosotras nos vamos ya.
Amadeo Se come a la una y media.
Plácida ¡Ah! Yo no como con vosotros, ya lo sabéis; ésta no quiere comer con las de Morales, los únicos íntimos que tengo en Madrid.
Isabel Tía, ¡por Dios! ¿Voy a dejar solo a mi maridito?
Amadeo ¡Ah, Isabel!, dos cosas: que Pepe Luis come en casa y que ya han mandado el nuevo asistente. Tú lo querías torpón y negado; pues no sé porqué me parece que vas a quedar satisfecha.
Isabel Yo, con que tenga voluntad.
Argüelles Voluntad sí tiene, nos lo ha dicho.
Isabel Entonces, hasta ahora; dejo a la tía y vuelvo. Oye, ¿me permitirás que traiga un postre para tu amigo?
Amadeo Sí, y tráelo de dulce, porque es de lo más goloso. *(Por la izquierda se oyen voces. Es Benita, indignada, que reprocha a Tiberio por su primera hazaña.)*
Benita *(Dentro.)* ¡Pero por Dios! ¡No sea usted bárbaro! ¡Hay que ver! ¡Un par estupendo! *(Los que están en el jardín inquieren lo que pasa.)*
Isabel ¿Qué pasa?
Amadeo ¿Qué ocurre? ¿Quién ha puesto ese par?
Benita *(Aparece por la izquierda con un par de bo-*

tas, una de color y otra negra.) Nada, señorito... ¡casi nada! Que le he dado al ordenanza las botas de color y las estaba limpiando con betún negro.

Amadeo *(Llamando a su asistente, dejando ver en sus palabras una embozada indignación.)* ¡Tiberio!

Isabel *(Sin poder contener la risa.)* Se llama Tiberio; tiene gracia.

Tiberio *(Acude a la llamada, sin darse cuenta de la barbaridad que acaba de hacer.)* Tiberio Ceporro, pa servir a ustés.

Amadeo ¿Qué has hecho? *(Le muestra el par de botas echado a perder.)*

Tiberio *(Con gran ingenuidad.)* Pus lo mismo que en el cuartel, que te dan el correaje sin betún, y que tú le das de betún.

Amadeo Así: tú por tú, con toda confianza. ¿Y por qué no has pedido la crema?

Tiberio ¡Ay, mi madre! ¿Pero aquí se limpian las botas con crema?

Amadeo Naturalmente.

Tiberio (¡Pue que hagan los postres con betún!)

Argüelles Pues has estropeado un par de botas...

Isabel *(Sin dar importancia al hecho.)* No, nada; se teñirán, y en paz.

Tiberio El no tener ese aquel que ustés tienen, pero voluntad...

Amadeo *(Sin dejar acabar a Tiberio.)* Sí, ya lo sabemos; pero no hagas nada sin decírmelo antes.

Tiberio *(Yéndose detrás de Benita, que entra en la casa.)* A la orden de ustés.

Isabel Es muy bruto, pero después de todo tiene gracia.

Amadeo A mí no me la hace.

Isabel ¿Vamos, tiíta? *(A Amadeo y Argüelles.)* Hasta en seguida.

Plácida Hasta la tarde. *(Tía y sobrina se van por la derecha; poco después pasan por detrás de la verja. Isabel echa un beso a su marido; Plácida se la lleva.)*

Amadeo Me quiere con ceguera.

Argüelles Todos los pillos tienen suerte.

Amadeo Y ahora, quiero que veas cómo ha quedado la casa.

(TIBERIO aparece por la izquierda, armado

de cepillos, betún y demás menesteres de limpieza del calzado, trayendo además un par de botas negras.)

Tiberio Mi tiniente.

Amadeo Ante todo, yo ya no soy para ti el tiniente; me llamas señorito, ¿te enteras?

Tiberio Está mu bien. Pues ¿puedo limpiar estas botas negras con betún negro?

Amadeo Eso es, así... todo negro; pero no hagas más que eso sin que yo lo sepa. *(Tiberio pretende irse por la izquierda. Amadeo lo detiene.)* ¡Ah! Espera; vas a llevar una carta donde yo te diga.

Tiberio Está muy bien.

Amadeo *(A Argüelles, mientras Tiberio espera impaciente el recado.)* Ahora verás, querido Argüelles, cómo delante de ti empiezo la liquidación de mis asuntos pasados. Marina es buena, ¿por qué no haces borrón y cuenta nueva? *(A Tiberio.)* Tiberio, tráeme un sobre.

Tiberio *(Que no sabe lo que le piden.)* ¿Cómo?

Amadeo Un sobre...

Tiberio ¿Un sobre?

Amadeo *(A Argüelles.)* Este no sabe lo que es un sobre; *(A Tiberio.)* pídeselo a Benita, ella te lo dará.

Tiberio Deseguía. *(Filosofando, intrigado, por la izquierda.)* ¡Un sobre!

Argüelles Bueno, dime, ¿qué vas a hacer?

Amadeo Una cosa muy sencilla.

(Va a un velador y se pone a escribir con una stilográfica, al mismo tiempo que TIBERIO aparece por la izquierda con un sobre de gran tamaño.)

Tiberio Señorito, el sobre.

Amadeo *(Viendo lo que le ha traído Tiberio.)* ¿No le hay mayor?

Tiberio *(Ingenuo.)* No sé decirle, pero preguntaré a la Benita.

Amadeo *(Comparando el sobre con la tarjeta.)* Pero ¿no ves el tamaño de la tarjeta?

Tiberio Pues es natural: del sobre... sobra.

Amadeo Anda que te den uno más pequeño. *(Tiberio vase por la izquierda.)*

Tiberio *(Al irse, gritando.)* Que me den uno más pequeño.

Argüelles Vamos, dime.

Amadeo Escucha lo que he escrito a la pobre Marina. *(Leyendo la tarjeta.)* «Marina de mi alma: por razones de familia, largas de explicar, me he visto precisado a casarme con una parienta mía. Perdóname, y recibe mi último obsequio: este billete para que te compres lo que quieras. No te olvidará jamás.—Amadeo.» A esta carta acompañará un billete de quinientas pesetas.

Argüelles Hombre, eso está bien.

Tiberio *(Que sale por la izquierda, entregando a Amadeo un sobre de tamaño corriente.)* Un sobre chico.

Amadeo *(Saca el billete de la cartera, mete la tarjeta en el sobre y dice a su ordenanza.)* Está bien; pues ahora aguza las orejas.

Tiberio Aguzás.

Amadeo *(Escribe el sobre encima del velador, luego dice a su ordenanza.)* Vas a ir donde dice este sobre.

Tiberio Iré.

Amadeo Preguntas en esta casa por esta señorita. ¿Sabes leer?

Tiberio Mu mal, pero si usté lo quiere leo mu bien.

Amadeo Preguntas por la señorita Marina González.

Tiberio Marina González.

Amadeo La entregas esta carta, y no esperes contestación. ¡Ah! Y fíjate bien en esto: si al volver tú a esta casa está delante la señora, esta carta se la has entregado a un caballero; ¿te percatas?

Tiberio La verdad, no lo entiendo.

Amadeo No seas de tu pueblo.

Tiberio ¿Tampoco? ¿Pues de dónde voy a ser?

Argüelles Quiere decir tu amo, que si su señora está delante cuando tú regreses, dices: el señor a quien ha mandado usted que lleve una carta, ha dicho esto o ha dicho lo otro. ¡El señor!

Tiberio ¡Comprendido! Esta es una carta pa otra señora, que el señorito tuvo endenantes de la señora.

Argüelles Eso.

Amadeo Exacto. *(A Argüelles.)* Tú ves, lo ha entendido perfectamente.

Tiberio *(Un tanto orgulloso del elogio.)* Voluntá, na más que voluntad... *(A Amadeo.)* De modo que no se preocupe; cuando venga diré que

he ido a ver a un señor, y na más que a un señor.

Amadeo Ves tú, pues no es tan torpe.

Argüelles Y sobre todo tiene voluntad.

Amadeo Y ahora, ¿quieres ver el hotel?

Argüelles ¿Por qué no? Cuando quieras.

Amadeo Te gustará, y además tiene la ventaja de que está muy cerca del cuartel... *(Hacen mutis por la izquierda.)*

Tiberio Limpiaré primero estas botas, y luego llevaré la carta. *(Se queda en el jardín, filosofando.)* ¡Bueno! ¡Esto es suerte!... Yo de ordenanza, la casa es buena, y la criada es más mejor que la casa; y aluego decían en el pueblo que pa mí el servicio iba a ser un calvario.

(Mientras filosofa Tiberio, pasa detrás de la verja del jardín, de izquierda a derecha, CARMEN la Pelusa, que entra en el jardín por la derecha. Es una cocotte bien, *que viste sin afectación, y que parece una señorita, aunque es un poco, sólo un poco, achulada en su manera de hablar.)*

Carmen Buenos días.

Tiberio Buenos los traiga usté.

Carmen ¿Está el teniente Romero?

Tiberio Sí, señora.

Carmen Pues dígale que un caballero desea hablarle. *(Tiberio mira a derecha e izquierda, buscando al caballero en cuestión.)* ¿Qué busca usted?

Tiberio El caballero.

Carmen El caballero soy yo.

Tiberio *(Estupefacto.)* ¡Usté! *(Vuelve a filosofar.)* ¡Lo que ve uno!... Ya decían en el pueblo que en Madrid... hay mucho que ver...

Carmen *(Impaciente.)* Vamos, ¿va usted o voy yo?

Tiberio No, no, voy yo. *(Tiberio se va haciendo cruces, entrando en casa.)*

Carmen *(Se sienta en una silla, saca un cigarrillo y se dispone a fumarlo.)* Ahora veremos si ese charrán me paga o no su mala partida; ese va a jugar con su señora mamá política, pero con la hija de mi madre. ¡Pa el gato! *(TIBERIO vuelve al jardín después de haber cumplido su misión.)*

Tiberio Le he dicho que está un señor, como usté me

ha mandado, y me ha dicho que deseguía sale.

Carmen Oiga, ¿usted es el ordenanza?

Tiberio Dende esta mañana.

Carmen Y ¿es usted de cuota?

Tiberio No, señora; soy de Cariñena.

Carmen Buen vino. ¿Tiene una cerilla?

Tiberio Sí, señora.

Carmen ¿Me la quiere dar?

Tiberio ¿Pa qué?

Carmen ¿Cómo para qué? Para encender un cigarro.

Tiberio ¿Eh?

Carmen ¿Usted fuma?

Tiberio No, señora. *(Tiberio da una cerilla a Carmen y ésta enciende el cigarro. El ordenanza se emboba viéndola fumar.)* ¡Anda, y lo bien que echa el humo! ¡Parece una locamotora!

Carmen ¿De modo que usted no fuma?

Tiberio Que no, señora.

Carmen ¡Qué raro! Hombre y no fumar, cuando yo, mujer, mire usted si fumo.

Tiberio Pero en qué queamos, ¿es usté hombre o mujer?

Carmen *(Echándole el humo al asistente.)* Una mujer que merecía ser un hombre.

(AMADEO sale de la casa y se queda de piedra al ver la visita que se le ha metido en casa.)

Amadeo ¿Eh? ¿Cómo? ¿Pero tú? ¿Carmen? *(A Tiberio, en el colmo del furor.)* Y tú, pedazo de alcornoque, ¿a qué me dices que me espera un señor?

Tiberio Porque ella me lo dijo.

Amadeo Anda, vete... vete, que ya sabe el subóficial lo que me ha mandado.

Tiberio *(Se va hacia la izquierda reflexionando amargamente, diciendo aparte.)* ¿Pero qué quedrán? No sabe uno cómo acertar.

Amadeo Oye, Tiberio.

Tiberio Mándeme.

Amadeo Llama al teniente Argüelles; dile que venga aquí, al jardín, no lo vayas a enviar a buscarme a Carabanchel.

Tiberio Deseguía.

Amadeo *(A Tiberio.)* ¡Ah! ¿Y la carta que te he dado? ¿Cuándo la vas a llevar?

Tiberio Deseguía también.

Amadeo Procura ver a ese señor.

Tiberio Sí, señor. *(Se va por la izquierda.)*

Amadeo Bueno, Carmen, ¿a qué vienes? ¿Por qué vienes?

Carmen A armarla.

Amadeo ¿Cómo?

Carmen *(En tono más fuerte.)* A armarla, ¿o es que la boda te ha puesto sordo?

(ARGÜELLES, a quien sigue TIBERIO, entra en el jardín, quedándose como quien ve visiones al encontrarse con la extemporánea visita.)

Argüelles ¿Eh? ¿Cómo? ¿La Pelusa?

Tiberio *(Yéndose para la calle, pasando poco después por el foro.)* ¡Mi madre! ¡La locamotora, una pelusa!

Carmen La misma. Aquí me tenéis los dos. *(A Amadeo.)* Qué, ¿está buena tu señora? Porque yo la voy a poner enferma del berrinche.

Amadeo *(Suplicando a la Pelusa.)* Carmen, por Dios; si me has querido algo, no seas así, te lo ruego, por lo que más quieras.

Argüelles Vamos, Pelusa, ahora que estamos solos, habrá pesetas, pero no tienes derecho a amargar para siempre la vida de este hombre.

Carmen *(En tono de franca chunga, al ver el apuro de los dos amigos.)* Mira el pollo, que el día de la boda me lleva a la Cuesta de las Perdices, y me trae a Madrid, pasadas las seis, para que no le haga a su amigo una película; ya podéis decir que caí de prima, porque si yo me huelo lo del casamiento, en la misma iglesia es la sesión de cine.

Amadeo Pero ¿qué creías?

Carmen Creía que en vez de tenerme engañada como a una china, podías habérmelo dicho, para que yo poco a poco me hubiera ido haciendo a la idea.

Amadeo Bueno, y ahora, ¿qué quieres?, dilo.

Carmen *(Tirando la colilla del cigarro que se acaba de fumar.)* Nada; que ayer noche hubo pitorreo en Maxim a cuenta de tu boda, que se comentó jocosísimamente mi excursión con tu amigote a la Cuesta, que yo me puse de mal arate, y que dije un tanto picada: apuesto mil pesetas a que mañana como yo en su casa con su mujer. Entonces, ese pollo tris-

tón que le llaman de mote «El cuplé del relicario», dijo que él se las apostaba, y eso es todo.

Amadeo Pues está bien; tú pierdes esas mil pesetas, que yo te doy, agregándote otras mil, que te regalo.

Carmen Anoche perdí yo en Maxim dos mil duros; para mí el dinero no tiene importancia; y o como aquí contigo, o le doy a tu mujer un famoso retrato que dice con fecha de no hace mucho tiempo, en una dedicatoria muy almibarada: «A la que será siempre el amor de mi vida.—Tu Amadeo.»

Amadeo ¡Caray, no! *(Al oído de Argüelles.)* La misma dedicatoria y la misma fecha tiene el retrato que mi mujer guarda como oro en paño.

Carmen Bueno, pues tú dirás.

Amadeo Pídeme, exígeme; sí, hice mal, por ello te pido perdón, ya ves... te pido perdón... pero vete, vete... tu vida es otra, síguela sin estropearme la mía.

Carmen No te pongas en dramático, porque es peor; yo he hecho una apuesta, y la tengo que ganar: o como aquí en tu mesa con tu mujer hoy, o le doy a ella el retrato. Y ten en cuenta que si como aquí, a los postres te lo devolveré y te dejaré en paz para siempre; pero hoy tengo este capricho, y ya sabes cómo yo las gasto cuando tengo un capricho. *(Por la derecha entra ISABEL, la que al pronto no se fija en la visita.)*

Isabel *(A Amadeo, muy mimosa.)* Ya estoy de vuelta. ¿He tardado?

Amadeo *(Que no sabe qué hacer ni qué decir.)* ¡Por Dios! ¡Tú... tardar! ¡Tardar tú!

Isabel *(Que se fija en Carmen.)* ¡Ah! Una señora...

Amadeo *(Que no sabe por dónde salir.)* Señorita... es señorita... estábamos paseando Argüelles y yo... y de pronto... ya ves... pasó por aquí... es la novia de éste... y la iba a enseñar nuestro nido.

Isabel ¡Ah! La inglesita... *(Saludándola afectuosamente.)* ¿Cómo está usted?

Carmen Muy bien, muchas gracias.

Amadeo Además... como Argüelles come hoy con nosotros, yo he creído oportuno el que... coma con nosotros también... ¿Qué te parece?

Isabel ¡Encantada!

Amadeo *(Aparte a Isabel.)* Como es inglesa... sus costumbres son inglesas... vamos... ¿te enteras?

Isabel *(A Carmen.)* ¿Quiere usted venir a quitarse el sombrero?

Carmen ¿Por qué no?

Isabel Yo la acompañaré.

Amadeo *(Aparte a Carmen.)* Por San Emeterio, ¡no metas la pata!

Carmen *(Aparte a Amadeo.)* ¡Qué pena me da! ¡Estoy por decirla la verdad!

Isabel *(A Carmen.)* Pase usted. *(Carmen entra por la izquierda. A Amadeo.)* Oye, esta inglesa pronuncia el español muy bien. Engaña a cualquiera.

Amadeo *(A su mujer.)* ¿Verdad que no parece británica?

Argüelles No lo parece, no.

Isabel *(A Argüelles, por Carmen.)* Enhorabuena, Argüelles, es muy guapa; enhorabuena. *(Entra en la casa Isabel. Amadeo y Argüelles no dan crédito a lo que ven sus ojos.)*

Amadeo Bueno, esto lo escribes en una novela o lo llevas al teatro y te dicen que es un cuento de las mil y una noche... ¡Mi mujer acompañando en mi casa a la que hasta hace nada fué mi amante!

Argüelles ¡A costa mía! Porque, vamos, no hay derecho a que Mery pueda enterarse.

Amadeo ¿Por dónde? Ya has oído, come aquí, y el asunto liquidado...

(Detrás de la verja aparecen el CORONEL y TERESA, esposa de éste; ambos saludan cariñosamente, sin entrar en el jardín.)

Coronel ¿Dónde está ese bribón?

Teresa ¿Dónde está? *(El matrimonio recién llegado pasa hacia la derecha para entrar en el jardín.)*

Amadeo ¡Atiza! ¡El Coronel!

Argüelles ¡Y su señora!

(Por la derecha entran en escena el Coronel, que viste de uniforme, y su señora; aquél es un militar que derrocha simpatía, sin que esto quiera decir que no sepa ser jefe cuando sea necesario; ella es una señora muy señora, que en nada se parece a las militaras que traen y llevan novelistas y autores dramáticos.)

Coronel (*Abrazando a Amadeo.*) Amadeo de mi alma, ven acá, ven acá; para que veas lo que yo te quiero, viene a verte el amigo, antes que tú vayas a ver a tu coronel. Salí hoy por la mañana, me cité con mi mujer, y aquí tienes a tu padrino de boda. (*Saludando a Argüelles.*) Hola, Argüelles.

Teresa ¿Qué tal, Argüelles?

Argüelles Muy bien, señora.

Coronel (*A Amadeo.*) ¿Y tu mujer? ¿Qué has hecho de tu encantadora mitad?

Amadeo Está dentro; yo estaba en el jardín con Argüelles.

Teresa Voy a verla, con permiso, voy adentro; se estará arreglando, ¿no?

Amadeo Sí, señora.

Teresa Las señoras tardamos tanto en la *toalet*... en cambio, ustedes los hombres se arreglan en seguida.

Amadeo Sí, éste y yo estamos arreglados.

(*Teresa desaparece por la izquierda y el Coronel y sus subordinados se sientan para platicar tranquilamente.*)

Coronel Bueno, hombre, bueno, ¿quién me iba a decir a mí, cuando te conocí chaval, que tú serías un día teniente, que estarías a mis órdenes, y que yo, enemigo acérrimo del matrimonio, sería nada menos que el padrino de tu boda? (*El Coronel saca su petaca y ofrece tabaco a ambos.*) ¿Un cigarro?

Amadeo Muchas gracias. (*Lo toma, igual que Argüelles.*)

Argüelles Gracias, mi Coronel. (*Encienden los cigarros, y después de una lógica pausa, el Coronel recuerda tiempos viejos.*)

Coronel Tu padre, que era para mí como un hermano, cuando murió en campaña, junto a mí, no me decía otra cosa sino: ¡Mi hijo! ¡Cuida de mi hijo! Y desde aquel día te quiero como si lo fueras. ¿Llegaste ayer?

Amadeo Sí, señor, ayer; hoy pensaba presentarme.

Coronel Por cierto que te necesito: los dibujos de los gráficos de las escuelas prácticas me los tienes que hacer tú, que eres un dibujante de primera.

Amadeo Claro está que los haré, ¡no faltaba más!

Coronel Y usted, Argüelles, ¿cuándo nos da un buen día?

Argüelles No tan pronto, mi Coronel; ni mi novia ni yo tenemos dinero, y hay que esperar al ascenso de capitán.

Coronel Y por cierto, tengo gana de conocer a su novia; se le nota mucho el acento, ¿no?

Amadeo *(Al quite, por si saliera Carmen.)* ¡Ca! ¡No, señor! ¡El acento! ¡Parece española!

Coronel Y tú, Amadeo, a ser buena persona, a no hacer calaveradas hasta que pase mucho tiempo, es un consejo; que tu mujer tenga confianza en ti, y ya está: la engañas luego y no hay quien se lo haga creer.

Amadeo Y ese consejo ¿se lo ha enseñado a usted la práctica, mi Coronel?

Coronel *(Sin darle importancia a lo que dice.)* Hombre, el corazón aún es joven; pero mis calaveradas ya son del género inocente.

Amadeo Pero ¿aún las hace usted?

Coronel Nada, majaderías... tontunas... ya ves, ahora, en Alhama de Aragón, estando yo en los baños, me aburría como una ostra; en la mesa de al lado de la mía me tocó una señora vistosa, ya de cierta edad, jamón curado.

Amadeo ¿Jamón?

Coronel Y me miró, nos miramos, y he tenido con ella ocho días de relaciones; platónicas, es verdad, pero no me aburrí. *(Conforme avanza el Coronel en su relato, se acentúa la natural inquietud de Amadeo.)*

Amadeo Dígame, mi Coronel... y eso ha sido ¿cuándo?

Coronel Pocos días antes de tu boda; de allí me vine a ella.

Amadeo *(Que disimula su preocupación.)* ¿Y esa señora se quedó allí?

Coronel En Alhama.

Amadeo Y usted le dijo que su profesión era...

Coronel Yo me presenté a ella como un alto jefe del Ministerio de Hacienda. *(Ante la actitud de Amadeo.)* ¿Qué te pasa?

Amadeo *(Dándose cuenta de la magnitud del desastre que se avecina y llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Nada! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Coronel *(Que no puede, ni remotamente, figurarse el porqué de la preocupación de Amadeo.)* No te preocupes; vive en un pueblecito de Andalucía; no viene jamás a Madrid.

Amadeo Pero usted, por si venía a la corte, le diría,

curándose en salud, que tenía un hermano gemelo...

Coronel ¡Cabal! ¿Conoces el truco, bribón?

Amadeo Sí, señor, lo conozco...

Coronel Figúrate que viene, que me ve, que me reconoce...

Amadeo ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ah!

Coronel ¿Pero qué te pasa?

Amadeo Nada, mi Coronel.

(Por la izquierda aparece la señora del Coronel, haciendo gran alabanza de la casa que ha visto.)

Teresa ¡Qué nido! ¡Qué encanto! ¡Qué hermosura! ¡Qué felicidad! *(Detrás de TERESA sale ISABEL, a la que el Coronel saluda con todo cariño.)*

Coronel Hola, Isabel, Isabelita...

Isabel ¡Mi Coronel! ¡Mi padrino de boda!

Coronel ¿Qué tal, pequeña? Estaba deseando volver a verla.

Isabel He tardado en salir porque ahí dentro está la novia de Argüelles. *(A Amadeo.)* Se ha vuelto loca al ver mi tocador. *(A Argüelles.)* Es una criatura encantadora.

Teresa Sí que lo es; ahora que no se le conoce que es inglesa, parece española.

Amadeo *(Al quite, como siempre.)* Vino a Madrid muy chiquitita.

Coronel ¿La novia de Argüelles? ¡Pues no tengo pocas ganas de conocerla!

Amadeo *(Al oído de Argüelles.)* Tú, vete adentro y dile a Carmen que como salga la hincho un ojo... todo menos que el Coronel la conozca.

Argüelles *(Aparte a Amadeo.)* Conforme. *(A todos.)* Con su permiso... voy a... tengo que... vuelvo en seguida...

Coronel A buscar a la novia, ¿no? Dígala que quiero conocer a Mery, *(Argüelles entra en la casa.)* que por cierto me han dicho que es morena, a pesar de ser inglesa.

Teresa No, pues es rubia.

Amadeo Era morena... pero de un disgusto se nos volvió rubia...

Coronel ¡Qué raro!

Teresa Oye, Fernando; ya no te tienes que preocupar de que esta muchacha se quede sola el tiempo de las escuelas prácticas

Coronel ¿No?

Teresa No; han traído estos chicos con ellos a una tía de Isabel, que se quedará haciéndola compañía el tiempo que duren las maniobras.

Coronel Pues la vendremos a saludar oportunamente.

Amadeo ¡No!

Coronel ¿Cómo?

Amadeo *(Arreglando como puede la explicación del no, que le salió del alma.)* Que no... que no se molesten ustedes, ya irá ella a saludarles.

Coronel Bueno; pues vámonos, Teresa, porque Argüelles no viene y es un poco tarde.

Teresa Vámonos, pues, y que sean ustedes muy felices, tanto como yo lo soy, y eso que éste cuando era capitán se descarrió un poquito, pero ahora es un marido modelo.

Coronel Y sí que lo soy.

Teresa Y hace bien en serlo, porque lo que era relativamente pasadero de capitán, sería inadmisible de coronel.

Coronel Pero mujer, ¡por Dios!

Teresa Nada, Isabel, que tu marido sea para ti tan fiel siempre como éste lo es ahora conmigo. *(En este momento PLACIDA pasa detrás de la verja, de izquierda a derecha.)*

Plácida Aquí estoy otra vez...

Isabel *(Con satisfacción.)* La tía.

Amadeo *(Aparte.)* ¡La hecatombe!

Plácida *(Entrando por la derecha.)* Buenos días.

Coronel *(Reconociéndola, también aparte.)* ¡Arrea! ¡La de Alhama!

Plácida *(A Isabel.)* Las de Morales comían fuera de casa. *(Al fijarse en el Coronel.)* Pero ¿qué veo?

Amadeo *(Presentando a toda prisa.)* Mi Coronel... su señora.

Plácida Mucho gusto... pero...

Amadeo *(Sin dejarla acabar.)* Mi tía Plácida.

Plácida *(Al Coronel.)* ¿Usted tiene un hermano gemelo?

Teresa ¿Quién?

Plácida Su marido.

Teresa ¡Qué va a tener!

Plácida *(Al Coronel.)* Pues es usted igual a un alto jefe de Hacienda con el que simpaticé no hace mucho y con el que estoy en relaciones... Y vamos... *(Señalando al Coronel.)* este se-

ñor es que es igual, es una gota de agua comparada con otra gota.

Coronel *(Saliendo por donde puede.)* Sí, hay parecidos, gente que es igual a otra...

Plácida Y hasta en el hablar... ahora que... ¡claro!, tal vez yo he sido indiscreta... porque él me dijo que estaba peleado con su hermano. *(TIBERIO pasa por detrás de la verja, de izquierda a derecha.)*

Tiberio *(Que aparece por la derecha.)* ¡Permiso!

Amadeo Adelante... ¿Diste la carta?

Tiberio *(Recalcando mucho la palabra señor.)* Sí, señorito; el señor al que he llevado una carta estaba en casa, y ese señor me ha dao esta carta pa usté.

Amadeo *(Abre la carta, en ella viene el billete; él, sin leer la carta, dice aparte.)* ¡Pobre Marina! Me devuelve el dinero íntegramente.

Teresa *(A Plácida.)* Oiga usted, ¿y dónde conoció a ese jefe de Hacienda que se parece tanto a mi marido?

Plácida *(Sin entender la tos que de pronto le da al Coronel.)* ¿Yo? En Alhama de Aragón, no hace unos meses; él me habló de un hermano gemelo que tiene en Madrid...

Teresa *(Dándose cuenta exacta de la verdad.)* ¿En Alhama, eh? ¿Un hermano gemelo? *(Aparte a su marido, con la consiguiente indignación por la hazaña.)* Es usted un infame... en casa dilucidaremos eso usted y yo.

Coronel Pero mujer...

Isabel *(A Amadeo.)* ¿Para quién era la carta?

Tiberio *(Terciando en la conversación.)* Para un señor.

Amadeo Para un compañero. *(A Tiberio.)* Bueno, ¿qué hizo?

Tiberio Na, venía de la calle; precisamente al llegar yo se estaba quitando la mantilla...

Isabel *(Dando un grito.)* ¿Eh?

Amadeo ¡Tiberio!

Tiberio Señorito...

Isabel ¡La mantilla!... ¡La mantilla!... *(Llora desconsolada.)*

Amadeo Pero Isabel...

Teresa *(Al Coronel.)* Son ustedes todos iguales... ¿Conque un gemelo?

Amadeo Isabel.

Isabel Déjame en paz, vete con la de la mantilla... ¡A los tres meses de casado!

Plácida *(Consolando a su sobrina.)* Isabel, ¡por la Virgen del Carmen!

Isabel ¡Ay, tía de mi alma! ¡Esa mantilla! ¡Esa mantilla se me ha clavado en el corazón!

Teresa Pues yo a este gemelo, en llegando a casa, lo voy a meter en un puño.

Plácida *(Sin quitar ojo al Coronel.)* Es que son dos gotas de agua.

Amadeo *(A Tiberio.)* Tiberio, eres un alcornoque. . menudo tiberio has armado.

Isabel *(Dando las gracias a Tiberio.)* Gracias, Tiberio... me ha hecho usted un gran favor.

Tiberio *(Con una inoportuna ingenuidad.)* Voluntad... na más que voluntad que uno tiene.

Amadeo *(Desesperado, se lanza sobre su asistente con la sana intención de deshacerlo; el Coronel, Plácida e Isabel lo detienen.)* ¿Voluntad? ¿Voluntad? Vete de mi vista... ¡Quítamelo de delante, que no respondo de mí!...

(Tiberio huye por la derecha como puede; en la escena hay el barullo consiguiente, que se aprovecha para que caiga el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

El cuarto de banderas de un regimiento que guarnece Madrid.

En el foro, y a la izquierda, puerta pequeña, en cuyo umbral reza la palabra Teléfono, *indicadora del servicio que allí se presta; al lado de esta puerta, un amplio ventanal que da al patio; a la izquierda, puerta de entrada; a la derecha, otra puerta que da a las habitaciones interiores: comedor, lavabos, sala de esgrima, etc. A la derecha, una mesa, sobre la que, además de los chirimbolos necesarios para los menesteres burocráticos del oficial de guardia, hay un aparato de telefonía privada. En el centro de la habitación una mesita pequeña, en la que comen los oficiales de servicio. En el cuarto, sillas, sillones, muebles y una* chaise-longue. *En las paredes, un retrato del Rey y algún retrato de un jefe que murió en campaña, cuadros de escenas militares, una panoplia con armas y unos cuadritos en los que estarán las órdenes particulares del regimiento, las que deben ser siempre recordadas por los oficiales de servicio. Son las dos y media de la tarde de un domingo madrileño, día espléndido, todo sol y todo luz.*

Derecha e izquierda, las del actor.

(El teniente ROMERO está de guardia, vistiendo, naturalmente, de uniforme: gola al cuello, revólver y sable a la cintura, briches y leguis. TIBERIO, su asistente, le está sirviendo la comida; en el suelo, una fiambrera, una cesta y un infiernillo de alcohol, sobre el cual, aunque está apagado, hay colocado uno de los servicios de la fiambrera.)

Amadeo ¿Has encargado el café?

Tiberio Sí, señor; en la cantina ya dejé dicho que lo

tuvieran pa en seguida, y lo dejaron to por el café de usté, señorito.

Amadeo Según eso, en la cantina hay hoy trabajo.

Tiberio Hoy no, señor; como es domingo, pus tos se han dío por ahí con su miaja de arrimo.

Amadeo ¿Has calentado bien todo lo que venía en la fiambrera?

Tiberio To está caliente.

Amadeo Pues esta carne está helada... igual que la sopa.

Tiberio Pues to lo he tenío en este cacharrico.

Amadeo ¿Pero lo has encendido?

Tiberio ¡Mi madre! ¡Se me ha olvidado! *(Encendiéndolo rápidamente, al tiempo que coloca encima una de las cazuelitas de la fiambrera.)*

Amadeo Seguramente con buena voluntad...

Tiberio Sí, señor; con buena voluntad.

Amadeo Mi mujer quiso un ordenanza torpe, pero anda que tú te llevas la palma.

Tiberio Pero es por falta de luces; ya ve usted, una vez me dió el capitán su capote para que le quitase una mancha; como yo no la veía le pregunté al sargento Pulido si sabía dónde estaba la mancha, y me contestó que en Albacete. Cogí el capote y se lo devolví a mi capitán, diciéndole que no le podía quitar la mancha porque no tenía permiso para ir a Albacete, y porque qué hacía yo allí sin conocer a nadie.

Amadeo ¡Qué bruto eres, hijo! *(De la cazuelita de la fiambrera sale humo.)* Pero oye, eso está hirviendo, y yo no quiero más carne; sírveme lo que sigue. *(Tiberio, obediente, retira del fuego la cazuelita y echa en el plato su contenido. Amadeo, al ver lo que le sirve, interroga intrigado.)* Pero ¿qué es esto?

Tiberio *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Mi madre! ¡La ensalá!

Amadeo Tiberio, eres de lo más negado; me sirves la carne helada y la ensalada hirviendo... Anda, anda, tira eso y tráeme el café.

Tiberio *(Yéndose por la puerta de la izquierda, llevándose el plato y filosofando.)* Rediez con los cacharricos de la fiambrera; ya podía traer ca uno un letrero diciendo lo que va dentro... *(A Amadeo, al tiempo que hace mutis por la izquierda.)* Voy por el café.

Amadeo *(Levantándose y yendo hacia la mesa de despacho.)* Es una lata haber dado permiso al ordenanza de banderas; cada día es más torpe Tiberio. *(En este momento suena el timbre del teléfono.)* ¿Quién?... ¡Ah! ¿Es usted, mi Coronel?... Sí, señor... Estoy solo... Claro, hoy domingo... ¿Cómo? No, señor; por teléfono no ha llamado nadie... está bien... a la orden de usted... ¿cómo?... sí, sí, señor, desde luego... a la orden de usted... *(Deja el teléfono.)* No le dejan a uno ni terminar de almorzar. *(Vuelve a la mesa donde antes estaba comiendo, coge un papel envuelto y saca de él el postre.)* Veamos qué postre me manda mi mujercita. *(Mirándolo.)* Queso de Gruyere... mi postre favorito... En los menores detalles se ve lo que me quiere.

(En este momento sale por la izquierda ARGÜELLES, que viene vestido de paisano.)

Argüelles Hola, tú, ¿qué hay? Buenos y reconfortables nos los dé Dios.

Amadeo Pero tú, ¿tú Argüelles? ¿Y vestido de paisano?

Argüelles ¿Y qué?

Amadeo ¿Cómo y qué? ¿Tú no te has enterado de la orden de ayer? Pues me la acaba de recordar el Coronel, lo último que me ha dicho.

Argüelles Yo ayer no vine por aquí, así es que no sé...

Amadeo Espera, escucha. *(Descuelga uno de los cuadritos en los que están las órdenes del día y lee.)* «Excepto en casos muy especiales, los oficiales de guardia cuidarán que no entren paisanos en el cuarto de banderas, debiendo estar advertidos que en modo alguno los jefes y oficiales de este regimiento pueden entrar en el cuartel si no van vestidos de uniforme, y que también queda terminantemente prohibida la estancia de señoras en el citado cuarto de banderas. Los oficiales de guardia se servirán cumplir esta orden, que quedará fijada para conocimiento de todos.» *(A Argüelles, después que vuelve a colgar el cuadro.)* De modo que tú verás.

Argüelles Bueno, está bien; pero hoy no te preocupes; es domingo, hasta el toque de rancho no vendrá nadie; yo, como supe que te habían empampirulado la guardia de hoy, tu primera

guardia después de tu matrimonio, pensando en lo aburrido que es esto en día festivo, me dije: voy allá, y tomo café con mi colega.

Amadeo *(Toca un timbre que suena en la izquierda, local de la guardia.)* Bueno, tomas café y te vas. Y espera, porque he tenido la humorada de dar permiso al ordenanza de banderas, y mi asistente es una calamidad pública y privada.

Argüelles Pero con buena voluntad.

(Aparece TIBERIO en la puerta de la izquierda.)

Amadeo *(A Argüelles, señalándole a Tiberio.)* Ahí lo tienes.

Tiberio ¿Ha llamado usted al timbre, señorito?

Amadeo ¿Ha sonado el timbre?

Tiberio Sí, señor.

Amadeo ¿Lo has oído tú?

Tiberio También.

Amadeo Entonces ¿a qué preguntas? Encarga café para el teniente Argüelles.

Tiberio *(Yéndose por la izquierda.)* Deseguía.

Argüelles Bueno, pues me has dejado frapé con la ordencita que me has leído.

Amadeo ¡Figúrate! Por eso, tú toma el café... y largo.

Argüelles El caso es que...

Amadeo ¿Qué?

Argüelles Pues que no vengo solo.

Amadeo ¿Cómo?

Argüelles Que no vengo solo.

Amadeo Pues yo no veo a nadie más; a ver, explícate.

Argüelles Nada; Mery, que está emperrada en saludarte y en darte la enhorabuena por tu boda, y dime quién es el guapo que la lleva a tu casa después de lo de anteayer.

Amadeo No me lo recuerdes.

Argüelles Pues ya lo sabes: Mery quiere saludarte a toda costa; debe estar al llegar.

Amadeo Pero hombre, haberla dicho que yo iría a visitarla.

Argüelles ¡Ca! Las inglesas son muy etiqueteras; iría a devolverte la visita. Bueno, y qué, ¿en qué quedó aquello?

Amadeo En nada, la primera pelotera de mi vida de casado; como pude la convencí, ya la viste, un poco enfurruñada en la mesa; por cierto

que eso nos vino de perlas, porque preocupada con quién sería la de la mantilla, no se fijó en la serie de tonterías que hizo la Pelusa.

Argüelles Por cierto que ya sé que te devolvió tu retrato.

Amadeo Y el suyo Marina; al fuego fueron los dos.

Argüelles Ya estarás tranquilo.

Amadeo Lo que ahora me preocupa es lo que te conté de la tía de Isabel y de nuestro Coronel; yo no sé lo que habrá sucedido en el hogar de nuestro primer jefe, porque a doña Teresa no se la convence tan fácilmente como a mi mujer. Yo estoy deseando que la tía Plácida se vuelva a su pueblo, porque excuso decirte en el disparadero que estaremos el día que se encuentren frente a frente.

Argüelles Tú a Isabel no la habrás dicho...

Amadeo Ni palabra; pues anda que si a los tres meses de matrimonio la empiezo a abrir los ojos...

Argüelles Bien hecho; pues anda, tomaré el café.

Amadeo Tomarás el café, si Tiberio no se ha ido al Brasil a buscarlo. *(En la puerta de la izquierda aparece TIBERIO, llevando en las manos una bandeja, sobre la que hay dos cafeteritas individuales.)* Vamos, ¿ya has parecido?

Tiberio *(Dejando la bandeja encima de la mesita del centro.)* La culpa no es mía, señorito; es del cantinero, que no había molido el café, y si no lo muelo yo, pues que no se muele, y a más, como tiene ese genio, cualquiera le mete prisa... ¡Y que hoy está pa pedirle un favor!

Amadeo ¿Qué le pasa?

Tiberio Qué me sé yo, pero hoy la pega con su sombra.

Argüelles *(Mirando la bandeja.)* Está bien; y esta vez ¿qué se te ha olvidado?

Tiberio Esta vez, na.

Argüelles Esta vez, sí. Las cucharillas.

Tiberio Quia, no, señor; aquí en mi bolsillo vienen las dos.

Argüelles ¿En tu bolsillo? Con las porquerías que tendrás ahí dentro.

Tiberio *(Que irá sacando lo que dice.)* Como tener

tengo el mcquero, un chorizo que me ha regalao una paisana, y un paquete de picadura del cabo de limpieza.

Amadeo ¡Olé! Y mezclado con todo ello, las cucharillas.

Tiberio No, señor, que ya voy estando en to. *(Del bolsillo del pantalón saca las cucharillas envueltas en dos pedazos de periódicos.)* Las cucharillas, místelas: envueltas en dos peacicos de papel; al pasar por delante de la oficina me encontré que había unos papeles en el suelo, cogí uno, y las envolví...

Amadeo ¿Has echado azúcar?

Tiberio Yo, no, señor.

Amadeo Y ¿dónde está? Vamos, trae el azúcar. *(Tiberio va a la mesa de despacho, abre un cajón y rebusca dentro de él.)*

Argüelles ¿Pero qué buscas ahí?

Tiberio Nada. Ver si hay por casualidad... porque no quiero oir al cantinero.

Amadeo ¿Pero en el cajón de la mesa hay azúcar?

Tiberio En el cajón de la mesa, sí, señor; lo pone aquí el capitán Martínez; es pa su perro; me lo ha dicho el ordenanza de banderas, y yo digo que entre el perro del capitán Martínez o ustedes, antes deben ser ustedes que el perro del capitán Martínez.

Amadeo *(Cogiendo unos paquetes de azúcar que Tiberio saca del cajón.)* Bueno, trae... menos mal que está empaquetada. *(A Argüelles.)* ¿Cuántos terrones quieres?

Argüelles Dos; a mí me gusta el café poco dulce.

Amadeo Yo me echo uno; a mí me gusta también un poco amargo.

(Un momento de pausa; los dos amigos revuelven el café con la cucharilla.)

Argüelles *(Apenas prueba el café se lo quita de los labios.)* ¡Pero, ladrón... esto es jarabe!

Amadeo *(Probando el café.)* A ver... ¡Melaza! *(A Tiberio.)* Pero esto tenía azúcar.

Tiberio Sí, señor.

Amadeo ¿Y por qué no lo dices? Te he preguntado antes si lo habías echado.

Tiberio Y yo contesté que no, ¡la verdad! Quien lo echó fué el cantinero.

Amadeo ¡Anda! ¡Largo! ¡Vete! ¡Vete! Nos has dejado sin café.

(Tiberio, ante el temporal que se le prepara, opta por irse por la izquierda, sin decir palabra.)

Argüelles Es que es negado.

Amadeo Pues ya ves. ¡Delicias del matrimonio! Tengo que transigir con él.

Cabo *(En la puerta de la izquierda, sin entrar.)* ¿Permiso?

Amadeo Adelante.

Cabo *(El CABO de guardia entra, y muy cuadrado, habla a Amadeo.)* Una señora que pregunta por usted.

Argüelles Mery... ¡Vaya por Dios!

Amadeo *(Al Cabo.)* Que pase. *(El Cabo hace mutis por la izquierda; a Argüelles.)* Pero oye, en seguida. *(Le hace indicación que hay que irse.)*

Argüelles Descuida.

(Por la izquierda entra CARMEN la Pelusa; los dos amigos se quedan estupefactos.)

Amadeo ¡Carmen!

Argüelles ¡La Pelusa!

Carmen Yo, ¿qué pasa? *(Se dirige a Amadeo.)* Encima de que vengo aquí y no voy a tu casa. *(Mirando la mesita del centro, sobre la que deja un bolso y un abanico.)* Qué, ¿acabáis de comer?

Amadeo Sí; y te advierto que tu presencia aquí me puede comprometer seriamente.

Carmen ¿Qué hay? ¿Viene tu señora esta tarde a hacerte compañía?

Argüelles No; es que está prohibido que haya señoras en el cuarto de banderas.

Carmen Bueno, hijo, bueno; en seguida ahueco; *(A Amadeo.)* pero siquiera convídame a una copita de algo; tantas veces me has alabado el anís del cantinero...

Amadeo Tú di a qué vienes, por qué vienes y luego hablaremos.

Carmen Pues nada, hijo; ten un poco de calma, que vengo hecha harina; figúrate: me he levantado a las doce y me acosté dadas las siete de la mañana...

Amadeo Está bien; pero despacha.

Carmen ¡Camará! El que despacha eres tú; a la una he ido a ver a un amigo... y efectivamente, el pájaro había volado en el rápido de esta mañana; volverá dentro de ocho días.

¡Anoche tuve la negra! Ya sabes que a mí los colores me vuelven tarumba. ¡Pues el tío mala sombra del *groupier* se pasó la noche diciendo, y color pierde!

Amadeo Ya, y estás sin una peseta.

Carmen Sin linda perra.

Amadeo ¿Y quieres que yo...?

Carmen El último favor que te pido: tú me ofreciste dinero, y yo te lo rechacé; hoy vengo a que me des o me prestes, allá tú, lo que quieras.

Amadeo ¿Y no encontraste en Maxim quien te prestase? ¿Tú, Carmen? ¿La Pelusa?

Carmen Encontrar, encontré a un señor respetable que me hizo el amor, pero que no tenía una perra; por eso he venido a buscarte.

Amadeo Bueno, mañana, cuando salga de guardia, te llevaré...

Carmen ¿Mañana? Mañana, no...

Amadeo Hoy comprenderás que no tengo encima mucho dinero.

Argüelles Oye, yo tengo diez duros.

Carmen Hasta mañana tengo bastante.

(En la puerta de la izquierda aparece el CABO de guardia.)

Cabo ¿Permiso?

Amadeo Adelante.

Cabo Aquí hay una señora que pregunta por usted.

Argüelles Que espere. Ahora iré yo. Debe ser Mery; no temas, salgo y me la llevo.

Amadeo Sí, Argüelles; Dios te lo pagará.

Carmen *(A Argüelles.)* ¿Y los diez moscos?

Argüelles *(Dando dinero a Carmen al tiempo que se va por la izquierda.)* Ahí los tienes.

Amadeo *(Dando dinero a Carmen.)* Y ahora toma otros diez míos y... ¡larga!

Carmen Sois de lo más castizo; por algo te he querido yo lo que te he querido... Oye, me habrás perdonado lo de anteayer; yo comprendo que fué una locura, y ya ves, gané las mil pesetas de la apuesta, y como dicen en el *Tenorio*, las perdí dobla a dobla, una por una.

Argüelles *(Que aparece en la puerta de la izquierda, seguido de MERY.)* Nada, que no hay medio; esta inglesa parece de Ricla; pasa, Mery, pasa.

Carmen *(A Amadeo.)* Oye, ¿quién es Mery?

(Mery es una encantadora chiquilla, morena, que viste con elegantísima sencillez, y que cuando habla en español lo hace con especial gracejo. En el curso de esta comedia, las palabras que Mery diga en inglés estarán escritas como se pronuncian. Mery saluda a Amadeo con expresivo afecto.)

Mery ¡Mai diar friends!

Amadeo Hola, Mery.

Mery *(Fijándose en Carmen, en la que cree ver a la esposa de Amadeo.)* ¡Oh! ¡Mi enhorabuena! ¿Estar su esposa? ¡Estar muy guapa!

Amadeo No, Mery; ésta que ve usted aquí... *(La explicación de Amadeo es cortada por la voz del centinela, que desde dentro dice estentóreamente.)*

Centinela ¡Guardia, a formar!

Amadeo *(Yendo hacia la puerta, al tiempo que aparece el CABO.)* ¿Cómo?

Cabo Mi teniente: el señor Coronel.

(El Cabo se retira. La confusión que se arma en el cuarto de banderas es indescriptible. Rápidamente ocurre lo que sigue: Mery primero y Carmen después, son introducidas por Argüelles en las habitaciones interiores por la puerta de la derecha. Argüelles, por su parte, se oculta en el cuarto del teléfono.)

Amadeo ¡Arrea! Tú de paisano, y aquí Mery y Carmen; y que la orden de ayer es a rajatabla.

Argüelles El Coronel estará un momento. Mery, por aquí.

Amadeo Tú, Carmen, con ella... y no salgáis sin que yo avise... Tú, al cuarto del teléfono. ¡Vamos! ¡De prisa! Que tengo que ir a recibirle. ¡Por Dios, no moverse!... que me cuesta ir a un castillo. *(Hace mutis corriendo por la primera izquierda.)*

Coronel *(Entrando con AMADEO por la primera izquierda.)* Bueno... bien... y ¿qué tal, qué tal la guardia de hoy, día festivo, querido Amadeo?

Amadeo *(Disimulando como puede su azoramiento.)* Muy bien, mi Coronel... un poco solo.

Coronel ¡Claro! Quién en un domingo tan hermoso va a venir a encerrarse en este cuarto... Pues yo, contando con esta soledad, me dije: Hoy, el gran día para que yo eche un párra-

fo a mis anchas con Amadeo. *(El Coronel se sienta en uno de los sillones.)*

Amadeo *(Aterrado, dice para su capote.)* ¡Y se sienta!

Coronel *(Desenvuelve un rollo de papeles que lleva en la mano.)* Aquí traigo unas notas del primer supuesto táctico que hemos de llevar a efecto en las futuras escuelas prácticas, y como tú eres un artista de primera, espero que me harás el favor de dibujarme un gráfico, que estará como hecho por ti.

Amadeo *(Cada vez más azorado.)* Sí, señor, mi Coronel; un gráfico y dos gráficos... todos los gráficos que usted me mande.

Coronel *(El Coronel se levanta, yendo hacia la mesita del centro, donde coloca los papeles, sin fijarse en el bolso y en el abanico de Carmen.)* Haz el favor de acercarte; aquí está la línea de trincheras del enemigo... aquí, este cuadro figura nuestro hipotético vivac; aquí me pones una compañía en el punto A, otra en el punto B y otra en el C: tres puntos que tienes que tener encerrados.

Amadeo Y tan encerrados.

Coronel Bueno; mientras, la cuarta compañía hace una marcha de flanco, y entonces los nuestros se dan de pronto cuenta de lo que tienen a su retaguardia...

Amadeo Eso... de lo que tienen a su retaguardia y a su vanguardia. *(En este momento el Coronel tropieza con el bolso y el abanico.)*

Coronel ¡Caramba! ¿Qué es esto?

Amadeo *(Aterrado dice aparte.)* ¡Bacarrat!

Coronel ¡Un abanico y un bolso de señora! Esto ¿de quién es?

Amadeo *(Que no sabe por dónde salir.)* Esto... esto, mi Coronel...

Coronel *(Muy afable.)* No me digas más... Comprendido.

Amadeo *(Sin entender al Coronel.)* Mi Coronel...

Coronel Lo sé todo; tú no conocías la orden de ayer... va, y después de todo... recién casado... por esta vez te lo perdono. ¿Dónde está Isabel?

Amadeo *(Que se da cuenta de la equivocación de su superior jerárquico y se aprovecha de ella como puede.)* ¿Isabel?... Se ha ido ya.

Coronel ¡Ah, vamos! Ha comido contigo, se ha enterado de la orden de ayer, y se ha ido pre-

cipitadamente, olvidándose el bolso y el abanico.

Amadeo Sí, señor... eso es... ha comido contigo, digo, conmigo, y se ha ido precipitadamente, olvidándose el bolso y el abanico.

Coronel Bueno, pues dejemos eso, que poco vale, toda vez que el mal se remedió y tú me prometes enmienda.

Amadeo Sí, mi Coronel, yo le juro...

Coronel Dejemos eso digo... ¿Te has enterado de lo que yo quiero en la cuestión del dibujo?

Amadeo Sí, señor, mi Coronel; y como en cuanto usted se vaya me quedaré solo, aprovecharé los instantes para trabajar de firme.

Coronel *(Yéndose hacia la puerta de la izquierda.)* Conformes, pues te dejo.

Amadeo *(Aparte, en un suspiro de satisfacción.)* ¡Dios sea loado!

Coronel *(Ya en la puerta, recuerda que tiene que decir algo más.)* ¡Ah, oye! ¿Han llamado por teléfono desde el Centro Militar? Porque estoy citado allí con el general Martínez de la Pedrosa.

Amadeo No, señor, mi Coronel.

Coronel *(Dirigiéndose al cuarto del teléfono.)* Pues entonces voy a llamar yo.

Amadeo *(Interponiéndose entre el Coronel y la puerta.)* ¡Ca, mi Coronel! Al teléfono no le dejo ir a usted.

Coronel *(Un tanto asombrado.)* ¿Por qué? ¿Pues qué pasa?

Amadeo *(Saliendo por donde puede.)* Que yo he querido hablar por teléfono con un amigo, y están hoy imposibles las señoritas de la Central; he pedido el 42-35 J., y ellas, poniéndome siempre con el 42-35 S.; y mire usted que yo estoy seguro que me han oído bien la jota; ¡pues como si no! Yo veré a ver si puedo telefonear. *(Yendo hacia el cuarto del teléfono.)* ¿Qué quiere usted que le diga al general?

Coronel Pues dile que no puedo ir ahora, porque a las tres tengo que estar en casa del general de la brigada, y *(Mirando el reloj.)* son las tres menos veinte.

Amadeo Así lo haré.

Coronel Bueno, pues entonces yo me voy mientras tú

telefoneas; ¡que no se te olvide!... Que no puedo ir porque...

Amadeo *(Interrumpiéndole.)* Sí, señor; porque a las tres debe usted estar en casa del general de la brigada.

Coronel ¡Exacto! Aquí te dejo los gráficos.

Amadeo *(Entrando en el cuarto del teléfono.)* A la orden de usted.

Coronel ¿Qué le pasa a este muchacho?

(Apenas el Coronel se queda solo en el cuarto de banderas, aparece el CABO de guardia por la puerta de la izquierda.)

Cabo ¿Da usía su permiso?

Coronel Adelante.

Cabo *(Entrando y quedándose muy cuadrado mientras habla.)* A la orden de usía; ahí fuera hay una señora que pregunta por el teniente de guardia, y que dice que, con permiso de usía, es la esposa del teniente.

Coronel *(Reflexionando aparte.)* ¡Ah, vamos! Sí, vendrá por el abanico y el bolso. *(Al Cabo de guardia.)* Que pase esa señora. *(El Cabo se va por la izquierda.)* Yo, a fuer de caballero, entregaré los objetos de su pertenencia a la esposa de mi subordinado.

Isabel *(Que aparece por la izquierda, dice mimosamente antes de entrar.)* ¿Se puede?

Coronel *(Muy afectuoso.)* Adelante. ¿Cómo está usted, amiga Isabel?

Isabel *(Un tanto azorada al encontrarse de manos a boca con el Coronel.)* Mi Coronel... usted perdone... yo no me imaginé que hoy, día festivo, estaría usted aquí, y le juro, mi Coronel, que mi marido no sabe absolutamente nada de mi venida al cuartel.

Coronel *(Muy afectuoso.)* No se preocupe; ya hemos hablado él y yo de ello, y dándome cuenta del pecadillo lo he perdonado, y ya que estoy aquí, *(Le entrega el bolso y el abanico.)* tome usted, ya que usted volverá por esto.

Isabel ¿Yo? *(Asombrada al ver lo que la entrega.)* Y esto ¿qué es, mi Coronel?

Coronel El abanico y el bolso que se ha dejado usted antes, cuando estuvo comiendo con su marido.

Isabel *(Que, naturalmente, no lo entiende.)* ¿Cómo?

Coronel *(Que recalca lo que antes dijo.)* Comiendo con su marido.

Isabel *(Dándose cuenta.)* ¡Ay, mi Coronel! ¡Que todo me da vueltas! ¡Que esto no es mío! ¡Que esto es de otra! ¡Ah, infame! ¡A los tres meses de casados! *(En este momento sale AMADEO del cuarto del teléfono, y se dirige al Coronel, sin fijarse que está Isabel.)*

Amadeo Mi Coronel, nada, imposible: no se oye bien.

Coronel ¿No se oye bien? El que me va a oir eres tú. ¡Vamos, vivo! Responde: ¡Pronto! ¿De quién es esto? ¿Quién ha estado aquí? ¿Quién ha comido contigo?

Isabel ¡Seguramente habrá sido la de la mantilla!

Amadeo *(Azoradísimo, sin saber por dónde salir.)* ¿Conmigo, mi Coronel?...

Isabel *(Sentándose en un sillón, dando muestras de angustia.)* ¡Ay, yo me pongo mala; todo me da vueltas!

Coronel *(Afable, a Isabel.)* Ande usted, venga al pabellón. Allí estará Teresa. *(A Amadeo.)* Y tú, caballerito, te las entenderás conmigo cuando vuelva de casa del general.

Tiberio *(Que aparece en la puerta del cuarto de banderas.)* ¿Premiso?

Coronel Adelante.

Tiberio *(Dirigiéndose a Amadeo.)* ¿Puedo llevarme los café?

Isabel ¡Ah, dos cafés!... ¡Aquí está la clave!

Coronel ¡Tranquilícese usted! Ahora sabremos la verdad.

Amadeo Como digas que ha tomado aquí café el teniente Argüelles, te fusilo.

Coronel ¿Quién ha tomado aquí café con tu amo? ¡Vamos! ¡De prisa! ¿Quién ha estado aquí tomando café con el teniente de guardia?

Isabel *(A Tiberio.)* Una señora, ¿verdad?

Tiberio Eso habrá sío: una señora...

Amadeo *(Aparte a Tiberio.)* ¡Ladrón, por qué no te quedarás mudo!

Isabel *(A Amadeo.)* ¡Lo ves! ¡Lo ves! Eres un infame... eres... no sé, no encuentro palabra para decirte lo que eres.

Coronel Vaya, no se preocupe; después de todo... Ande, vamos a mi casa.

Isabel *(Yéndose con el Coronel hacia la izquierda.)* Sí, vamos. ¡Ay, mi Coronel! ¡Quién me iba a decir a mí al casarme que mi Amadeo me saldría falso!

Coronel Los hay falsos de ese cuño.

Amadeo *(Al quedarse solo con Tiberio.)* ¡Tiberio!

Tiberio Señorito.

Amadeo ¿Sabes el Credo?

Tiberio Sí, señor.

Amadeo Pues rézalo, porque vas a morir.

Tiberio ¡Arrea! ¿Y por qué?

Amadeo ¿A qué dices que ha estado aquí tomando café una señora?

Tiberio Como usted me dijo que si decía que había estado aquí el teniente Argüelles me fusilaba...

Amadeo Bueno, larga... ¡Larga!

Tiberio *(Recogiendo los cafés.)* Me voy a llevar esto a la cantina. *(Al irse Tiberio dirá, lamentando su mala fortuna.)* Bueno: siguiendo así, me van ustés a matar a disgustos. *(Tiberio se va por la izquierda, llevándose los cafés, y Amadeo se dedica a poner en libertad a los que están encerrados, yendo de un cuarto para otro diciendo a los encarcelados que salgan.)*

Amadeo Salid, vamos, pasó el peligro; pero idos a la calle, pero a paso largo.

Argüelles Gracias a Dios; el cuarto del teléfono es una ratonera que ya...

Mery ¡Oh! El Coronel no permitir señoras en el cuarto de oficiales... ¡Ol rai!, ¡Muy bien! *(A Amadeo, refiriéndose a Carmen.)* ¡Felicidades! ¡Veri gled! Tener ósté una mujer encantadora.

Cabo *(Apareciendo en la puerta de la izquierda y dirigiéndose a Amadeo.)* Mi teniente, el señor Coronel...

(No le dejan terminar; Mery, Carmen y Argüelles se disponen a encerrarse de nuevo a toda prisa; lo que sigue lo dicen rápidamente.)

Amadeo ¡Mi madre!

Argüelles ¡Mi abuela!

Carmen ¡Rediez, qué ajetreo!

Mery ¡Oh, esto no ser muy divertido!

Cabo *(Apresurándose a deshacer el error.)* No, si no viene; es que digo que el señor Coronel, que está en la puerta, le llama a usted, mi teniente.

Argüelles ¡Menos mal!

Amadeo ¡Respiro! *(Yéndose por la puerta de la izquierda, seguido del Cabo de guardia.)* Y vosotros, quietos ahora; esperemos a que se vaya el nublado.

Carmen Bueno, oye; y tú, para que se nos pase el susto, ¿por qué no encargas el anís?

Argüelles Pues sí que estamos ahora para eso.

Mery *(A Carmen.)* ¡Ah! ¿Osté hablar de tú a mi prometido?

Argüelles Sí, hija; somos antiguos amigos.

Mery *(A Carmen.)* Y nosotras seremos también, ¿no?

Carmen Sí, señora.

Amadeo *(Entrando por la izquierda y dirigiéndose a Carmen.)* Tú, largo. *(A Argüelles y Mery.)* El Coronel ha subido al pabellón; después se irán ustedes. *(Mutis izquierda.)*

Carmen *(Despidiéndose de Mery.)* Bueno, señorita, ¿se llama usted, que no recuerdo?

Mery Mery.

Carmen Muy bonito nombre.

Mery Muy inglés; ¿y usted?

Carmen Carmen.

Mery ¡Oh, Carmen; muy español! ¡Bonito nombre!

Carmen Señorita.

Mery Señora.

Amadeo *(Saliendo por la izquierda, dice a Carmen.)* Vamos, anda, vete.

Carmen *(Aparte a Amadeo.)* Oye... ¿hasta mañana?

Amadeo Hasta mañana.

Carmen ¿En mi casa?

Amadeo En tu casa. *(Carmen se va por la puerta de la izquierda, dejándose olvidados el famoso abanico y el bolso.)*

Amadeo Chico, la que ha armado el Coronel. ¡Claro! Me trata como a un hijo.

Argüelles Bueno, nosotros te dejamos.

Amadeo Espérate, voy a ver si veo algo en las ventanas del pabellón del Coronel. *(En este momento llaman al teléfono.)* ¡Vaya por Dios! Ahora el teléfono... *(A Argüelles.)* Espera, termino a escape. *(Amadeo se mete en el cuarto del teléfono, y al mismo tiempo aparece en la izquierda el CABO de guardia.)*

Cabo ¿Permiso?

Argüelles Pase.

Cabo *(Entrando en el cuarto de banderas.)* Una señora, que desea ver al oficial de guardia.

Argüelles ¿Otra? Pues sí que la orden ha venido a punto.

Cabo ¿Pasa?

Argüelles ¿Es la que salió hace un instante?

Cabo No, señor, mi teniente; ésta es nueva.

Argüelles Pues que pase. *(El Cabo se va por la izquierda.)* ¿Quién será? *(Oyése el timbre del teléfono.)* Y ese, desesperado con las telefonistas. *(En la puerta de la izquierda aparece la tía PLACIDA.)*

Plácida ¿Se puede?

Argüelles *(Para su capote.)* ¡Arrea, la tía! *(A Plácida.)* Pase usted, pase...

Plácida Buenas tardes; ¿y mi sobrino?

Argüelles En el teléfono.

Plácida *(Fijándose en Mery.)* ¡Ah! ¿Y esta señorita?

Argüelles *(Hablando a Plácida, procurando que Mery no le oiga.)* Nuestra profesora de inglés.

Plácida Pues ¿no era su novia la que le enseñaba la lengua?

Argüelles Sí, pero a mi novia se le ha olvidado ya.

Plácida *(Con la intención de un miura.)* ¡Ya!

Argüelles Esta señora es la tía de Amadeo.

Plácida Señorita.

Mery ¡Oh, señora! Mucho gusto; ya yo tener el placer de haber conocido a la esposa de su sobrino.

Plácida Pero ¿ha estado aquí mi sobrina?

Argüelles Sí... ha estado, sí, señora...

Mery Y tiene un nombre muy español: Carmen.

Plácida ¿Eh?

Argüelles *(A Mery, echando un capote.)* No, hija mía, se llama Isabel.

Mery Pues a mí decirme que se llamaba Carmen.

Plácida *(Clavando los ojos en Argüelles al tiempo que pregunta a Mery.)* Y de apellido Pelusa, ¿no?

Argüelles ¿Cómo?

Amadeo *(Que sale del cuarto del teléfono, sin percatarse de quién hay en el cuarto de banderas.)* Era el Casino Militar, el fresco de Riberita, que me dice si quiero hacer por él la semana de mañana por la tarde.

Plácida El fresco no es precisamente Riberita.

Amadeo *(Cayendo en un sillón.)* ¡Tía Plácida!

Plácida Y tan Plácida. ¿Cómo se llama tu mujer?

Amadeo ¿Qué dice usted, tía? Oye, Argüelles, ¿qué dice la tía?

Plácida Que cómo se llama tu mujer.

Amadeo Isabel; ¿por qué?

Plácida Porque según esta señorita, se llama Carmen de nombre.

Argüelles Y según tu tía, de apellido Pelusa.

Amadeo ¿Cómo?

Plácida ¡Pelusa!

Amadeo Pero ¿qué dice usted, tía?

Plácida Nada, sino que he venido a hablarte reservadamente, y ustedes perdonen.

Argüelles No, si nosotros nos íbamos ya...

Amadeo *(A Argüelles.)* ¡Por Dios, no me abandones! El Coronel no vendrá hasta la noche. Enseña a Mery algo del cuartel.

Argüelles Está bien; la enseñaré el comedor de oficiales, la biblioteca y la sala de armas.

Mery ¡Oh, con mucho gusto! *(Saludando a Plácida.)* Señora...

Plácida Señorita...

Argüelles *(Indicando a Mery por dónde tiene que ir y llevándosela por la derecha.)* Por aquí... pasa por aquí...

Amadeo Bueno, tía...

Plácida Nada, sobrino; comprenderás que cuando he venido a verte es por algo muy grave.

Amadeo Tía, me asusta usted; ¿qué ha pasado?

Plácida Felizmente, nada, pero pudo haber ocurrido; ¿qué postre has comido hoy?

Amadeo *(Asombradísimo por la pregunta.)* Queso de Gruyere.

Plácida Pues a ese queso le debes tu salvación.

Amadeo ¡Explíquese usted! Porque está usted en un plan enigmático que no hay quien la entienda.

Plácida Antes de hablarte quiero que me digas una cosa: ¿estás dispuesto a decirme la verdad en todo lo que te pregunte? Porque de tu respuesta depende mi felicidad, la de Isabel y la menos importante: la mía.

Amadeo Tía Plácida, no sé por qué, su tono, su actitud, me infunden temor.

Plácida Déjate de frases de comedias; ¿me vas a decir la verdad?

Amadeo Con tal de salir de esta zozobra, sí.

Plácida ¿Palabra de honor?

Amadeo Palabra de honor.

Plácida Pues allá va; primera pregunta: ¿quién es Carmen la Pelusa?

Amadeo ¡Tía!

Plácida *(Impertérrita.)* ¿Quién es Carmen la Pelusa?

Amadeo ¡Tía, por Dios!

Plácida Bueno, haré como mi confesor, responderé por ti, y tú, con decir que sí o que no, despachas. Carmen la Pelusa, dirías tú si tuvieras el valor de decir como tienes el de hacer, es una amiga, ¿no?, una amiga que tuve antes de casarme con Isabel; me casé y me faltó el valor de arrojar de mi casa a aquella mujer cuando, por cumplir una apuesta, comió en la misma mesa de mi esposa, mujer legítima ante Dios y los hombres... ¿Verdad que dirías eso, querido sobrino?

Amadeo *(Bajando la cabeza.)* ¡Verdad!

Plácida Ya tengo contestada mi primera pregunta.

Amadeo Pero yo no sé cómo usted se ha enterado...

Plácida ¿Cómo? Yo te lo diré, añadiéndote que tienes la suerte de que lo sé en forma que hasta te disculparía, si esto no tuviera una lamentable segunda parte.

Amadeo Pero, bueno; usted ha dicho antes que me ha salvado el queso...

Plácida Todo se explicará: esta mañana, tu mujer, que después de todo es una infeliz, como era tu primera guardia de casado, quiso enviarte ese postre; en casa no había, y por un detalle de mujer enamorada te lo fué a comprar, y mientras Isabel estaba fuera, llegó un continental con una carta a nombre de mi sobrina; hay que firmar el sobre, dijo la doncella, y lo firmé; y, ¡claro!, abrí la carta, la leí, y mi indiscreción fué tu suerte: la carta era de un tal Carlos González.

Amadeo ¡El cuplé del Relicario!

Plácida Que dice que habiendo perdido mil pesetas por culpa tuya, toma su venganza contando a tu mujer quién fué la que se sentó a tu mesa haciéndose pasar por la novia de tu compañero de armas. *(Saca una carta, que da a Amadeo.)* Toma, aquí tienes la carta... ¡Si la hubiera recibido Isabel!

Amadeo ¡Gracias, tía! ¡Gracias!... Porque esa mujer...

Plácida Esa mujer ha estado aquí a verte; me lo ha dicho esa señorita inglesa, que debe ser la verdadera novia de Pepe Luis...

Amadeo Sí, tía, ha estado, y ha venido a pedirme dinero, que yo le daré con la condición de no verla más...

Plácida *(Desconfiada.)* Sí, ¿eh?

Amadeo Estoy diciendo la verdad; le he dado a usted mi palabra de honor.

Plácida Está bien; pues tranquilizado por esto, vamos a lo otro. Oyeme y dime también la verdad sincera; no dudes en hacerme daño; yo en Alhama me hice ilusiones, las últimas, las otoñales de mi vida; he ido a Hacienda, y allí no conocen a mi amor del balneario, ni de vista, ni de nombre... Tu Coronel... su parecido... Es él, ¿verdad?

Amadeo Tía, ya que es usted tan buena, no debo engañarla: el Coronel es el que en Alhama...

Plácida Me lo figuré desde que lo vi en tu casa. *(Ante la desilusión comprobada, Plácida, y con razón, se queja, dolorida, en su espíritu.)* Pero señor, ¿por qué tú y por qué él y por qué todos os creéis con derecho a burlaros de las mujeres?

Amadeo Tía, cuando pienso en lo que ha podido pasar hoy en casa, más bendigo la hora en que vino usted con nosotros; yo quiero a Isabel con locura... ¡Con locura! *(Estrechando la mano a Plácida.)* Dios se lo pague. *(Se oye por la izquierda la voz del Coronel, que habla con Isabel y con Teresa.)*

Coronel *(Dentro.)* Sí, pasen ustedes...

Amadeo ¿Eh? ¿Quién?

Coronel *(Entrando por la izquierda, dejando, naturalmente, que antes entren TERESA e ISABEL.)* El general de la brigada me mandó recado que no fuera a su casa hasta esta noche, y quiero aclarar este asunto... *(Reparando en Plácida y aparte.)* ¡Atiza, la de Alhama!

Teresa *(También por Plácida y aparte.)* ¡La del gemelo!

Amadeo *(Aparte.)* ¡La hecatombe!

Coronel *(Saludando a Plácida.)* ¿Cómo está usted, señora?

Teresa Señora...

Isabel *(Medio gimoteando.)* Hola, tía.

Plácida Hola, niña; pero ¿qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Amadeo Por nada, tía; ésta, que a veces sus celos la hacen ver fantasmas...

Isabel ¿Fantasmas, eh? ¡Fantasmas! Fantasmas que llevan bolso y abanico, y que toman café...

Amadeo *(Cariñoso, a su mujer.)* Pero Isabel...

Isabel *(Ariscamente.)* Eres un infame, ya se lo he dicho al Coronel... No te quiero, ni te podré querer nunca.

Coronel *(A Amadeo.)* Y como yo soy como tu segundo padre, y como veo que Isabel tiene razón que le sobra, me las entenderé contigo...

Teresa Los hombres son seres sin corazón, sin entrañas.

Plácida Y que lo diga usted. *(Hablando con Teresa; a cada palabra de Plácida, el Coronel da muestra de vivísima inquietud.)* Ya les dije que en los baños me enamoré, ¡tonta de mí!, de uno que se parecía una enormidad a su marido... bueno, pues ya sé quién es.

Teresa ¿Sí?

Plácida Es casado.

Teresa ¿Eh? ¿Qué dije? ¿Lo ves, Isabel?

Plácida *(Aparte al Coronel.)* O perdona usted a Amadeo o digo la verdad.

Coronel *(Aparte a Plácida.)* Perdonado... ¡Palabra!

Plácida Pues bien; fuí ayer a Hacienda, y allí me encontré a mi hombre, y, vamos, es que es igual al Coronel de este regimiento; ahora que el Coronel es una buena persona, *(Poniendo en sus palabras la intención consiguiente.)* y el de Alhama era un hombre sin entrañas, que se burló de una infeliz mujer de un modo villano. *(Aparte y mirando al Coronel.)* ¡Chúpate esa!

Teresa Perdóname, Fernando, pero, vamos, como había la coincidencia de los baños, del parecido... *(A Plácida.)* De modo que la engañó a usted.

Plácida Y a usted... a usted la engañaría también si se lo propusiera.

Cabo *(En la puerta de la izquierda.)* ¿Permiso?

Coronel Adelante.

Cabo *(Después de entrar y cuadrándose, dirigiéndose al Coronel.)* Una señora que desea ver al oficial de guardia.

Coronel ¿Otra?

Cabo No, señor, la de antes.

Coronel La de antes; que pase. *(Sale el Cabo e inmediatamente aparece en la puerta CARMEN.)*

Carmen ¿Se puede?

Amadeo ¡Carmen!

Plácida *(Aparte.)* ¡La Pelusa! *(Apenas entra Carmen, se queda mirando al Coronel, y después dice.)*

Coronel *(También aparte.)* ¡La de anoche!

Carmen Venía por mi bolso y mi abanico, que antes me he dejado aquí. *(Coge ambas cosas.)*

Teresa *(Saludando afectuosamente.)* ¡Ah! Si es la novia de Argüelles. ¿Cómo está usted?

Coronel *(Aterrado.)* ¿Eh? ¿Pero usted es la novia de Argüelles?

Carmen El señor de Maxim. Oiga usted, cuando uno se despide de una dama no lo hace a la francesa.

Teresa ¿Eh?

Carmen Anoche, en Maxim, que este señor no se despidió de mí.

Teresa ¿Anoche en Maxim? Lo ves, Fernando, lo ves... es imposible...

Isabel Pero usted ¿no es la novia de Argüelles?

Coronel *(Al ver a MERY que sale de pronto por la derecha.)* ¡Otra!

Mery *(Ante la consiguiente estupefacción de los que no saben que está encerrada.)* ¡Perdón! La novia soy yo, y Argüelles, que estar ahí, dirá si esto ser o no ser verdad.

Coronel ¿Ahí Argüelles?

Argüelles *(Que sale por la derecha y se dirige humildemente al Coronel.)* Perdón, mi Coronel; pero es que Mery oyó lo que aquí se decía, y por más que la retuve...

Carmen *(Yéndose por la puerta de la izquierda.)* Bueno, señores; que yo no tengo nada que ver con esto. *(Saludando primero al Coronel, después a Amadeo.)* Don Fernando, hasta la noche; Amadeo, hasta mañana. *(Carmen se va por la izquierda.)*

Teresa ¿Cómo?

Isabel ¿Qué ha dicho?

Teresa ¡Hasta la noche!

Isabel ¡Hasta mañana!

Coronel *(Afectuoso, a Teresa.)* Teresa...

Teresa Déjeme usted... le odio.

Amadeo *(Afectuoso, a Isabel.)* Isabel.

Isabel ¡Déjame! ¿Por qué me habré casado?

Plácida Porque somos tontas.

Teresa Esta noche el señor tendrá que ir a ver al general... ¿verdad? ¿Como anoche, no?

Isabel Hasta mañana, y eso te lo dice esa... señora que hiciste pasar por lo que no era, que tuviste el cinismo de sentarla a mi mesa.

Coronel Pero Teresa...

Amadeo Pero Isabel...

Teresa Hemos terminado.

Isabel Hemos concluído.

Cabo *(En la puerta de la izquierda.)* ¿Permiso?

Coronel Adelante.

Cabo *(Entregando al Coronel un pliego cerrado.)* Este oficio urgente que traen para usía de Capitanía general.

Coronel *(Rasgando el sobre.)* Espere, tome el sobre y que le pongan el sello en la oficina.

Cabo *(Yéndose por la puerta de la izquierda.)* A la orden de usía.

Coronel *(Lee el oficio y conforme avanza en su lectura demuestra su asombro.)* ¿Eh? ¿Cómo?... ¡Quién lo había de esperar! Romero, Argüelles.

Amadeo ¿Qué pasa, mi Coronel?

Argüelles ¿Qué es ello?

Coronel *(Recalcando mucho sus palabras, las que producen consternación en las señoras y una alegría sin límites en los oficiales.)* El regimiento, que dentro de ocho días sale con urgencia a campaña, con dirección a Marruecos.

Teresa ¿Cómo?

Isabel ¿Qué ha dicho?

Argüelles ¿Para Marruecos? ¡Viva la Pepa! Con las ganas que tengo yo de aprender el árabe.

Mery Ol rai; pero yo ir contigo, no sea que lo aprendas con alguna mora.

Amadeo ¡Menos mal! No acaba mal el día, el gran remedio: a Marruecos.

Teresa *(Afectuosísima, al Coronel.)* Fernando...

Isabel *(Haciendo pucheros y abrazando a su marido.)* Amadeo...

Teresa ¡Dios mío!

Isabel ¡A campaña!

Plácida Ya se han olvidado de que no merecen que no se les perdone.

Coronel *(A las dos.)* ¿Pero no nos odian ustedes a muerte? Pues ya ven ustedes cómo el Destino se encarga de separarnos...

Teresa No, Fernando; si es que yo, a pesar de todo, no quiero que te separes de mí.

Isabel Amadeo, es que queriéndote lo que te quiero, mis celos eran cosa lógica...

Teresa ¡A Marruecos!

Isabel ¡A campaña!

Coronel Vean ustedes. Dice el oficio: *(Leyéndolo.)* Dispuesto por esta Superioridad, y accediendo a lo propuesto por usía, el próximo viernes ese regimiento de su mando, en traje de campaña, y con toda la dotación, embarcará en la estación de Atocha, *(Haciendo una pequeña pausa, lee después, causando tanta alegría en ellas como desencanto en ellos.)* para durante diez días efectuar las escuelas prácticas.

Teresa ¿Eh? ¿Pero no es a campaña?

Isabel ¿Pero no es a Marruecos?

Argüelles ¡No es a Marruecos!

Amadeo ¡No es a campaña!

Coronel Así quiero yo ver a mis oficiales, y así quiero que sean las esposas de mis oficiales. *(Teresa e Isabel se dejan abrazar por sus respectivos maridos. Mery estrecha la mano de Argüelles y Plácida contempla embobada el cuadro.)* Y ahora que ya hemos hecho las paces, Isabel, a no tener más pelusa.

Isabel El que no debe tener más Pelusa es él.

Amadeo Isabel, ¿me perdonas?

Isabel ¡Mi Amadeo!

Teresa ¡Fernando!

Coronel ¡Teresa!...

Plácida *(Dirigiéndose a Amadeo.)* Cualquiera se fía de las margaritas... Aquella, ¿te acuerdas?, me dijo que me quería con pasión.—*Telón.*

FIN DE LA OBRA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El n.º 1.428. Boceto dramático en un acto.

Los hijos de Aragón. Juguete cómico en dos actos (1).

La póliza de peseta. Juguete cómico en un acto.

La Reina Amazona. Opereta en tres actos (2).

La piadosa mentira. Comedia en tres actos (3).

Alma española. Comedia dramática en tres actos.

La Cuesta de las Perdices. Entremés.

El Padre Arenzana. Comedia en tres actos.

El oficial de guardia. Juguete cómico en dos actos.

---

(1) En colaboración con don Gonzalo Cantó.

(2) En colaboración con don Ramón Martínez de la Riva. Música de María Rodrigo.

(3) En colaboración con don Luis Grajales.

Precio: TRES pesetas